

NEWMANIANA

AÑO VIII - NUMERO 24

AGOSTO 1998



Ex umbris et imaginibus in veritatem

Publicación de **AMIGOS DE NEWMAN** en la Argentina



LIFT - VAN

INTERNATIONAL CO. S.A.

MUDANZAS INTERNACIONALES

A cualquier parte del mundo, puerta a puerta con toda seguridad.

- **GUARDAMUEBLES**

En nuestro depósito de 5.000 m2 cubiertos,
con video vigilancia y guardia las 24 Hs.

- **ARCHIVO EMPRESARIO**

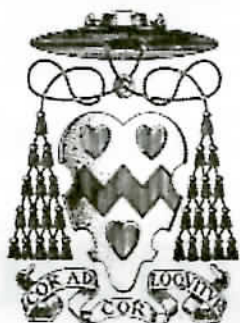
- **DEPOSITOS EN GENERAL**

Ruta 202 N° 3449 Don Torcuato

Tel.: 445-0230/0282 • 741-7447/7236/7286 Fax: 741-7211



NEWMANIANA



Año VIII - N° 24

Agosto 1998

Director

Pbro. Fernando María Cavaller

Consejo de Redacción

Dra. Inés de Cassagne

Sra. María Teresa Richards de Riva Posse

Lic. Pablo Augusto Marini

Colaboraron en este número

Dra. Inés de Cassagne

Robert Hodge

NEWMANIANA

(ISSN 0327-5876)

es una publicación cuatrimestral.

Registro Nacional de la

Propiedad Intelectual N° 237.216

Propiedad de Fernando María Cavaller

Dirección: Av. Liniers 1560 (1648) Tigre - Pcia. de

Buenos Aires - República Argentina

Sumario

Oración

Novena para alcanzar la beatificación del cardenal John Henry Newman..... 2

Sermón

El don del Espíritu 5

Traducción: Inés de Cassagne

CONGRESO INTERNACIONAL EN OXFORD

Newman y el Verbo encarnado 11

P. Fernando María Cavaller

Estudios

Cardenal Newman: contemplativo (II parte) 20

Robert Hodge

*Haz de mí lo que Tú quieras.
No pretendo regatear.
No impongo condición.
Ni intento ver a dónde me llevas.
Seré nada más lo que Tú quieras.
Y no digo que te seguiré por todas partes.
Porque soy débil.
Pero me entrego a Ti
para que me lleves adonde quieras.*

Cardenal Newman - trad. libre

Novena para alcanzar la beatificación del cardenal John Henry Newman

El próximo 11 de agosto se cumplirán 108 años de la muerte del cardenal Newman. Algunos miembros de nuestra Asociación se encuentran en el Congreso Internacional en Oxford. Oremos por la beatificación del Venerable John Henry Newman con esta NOVENA

DIA PRIMERO

EL MUNDO DE LA FÉ:
LOS CRISTIANOS SON CRISTO

Ser uno de los pequeños de Cristo es esto...: dejarse penetrar de su presencia, de tal manera que Él sea nuestra vida, nuestra fuerza, nuestro mérito, nuestra esperanza, nuestra corona; llegar a ser, en modo admirable, sus miembros, los instrumentos o la forma visible o signo sacramental del Invisible y siempre presente Hijo de Dios, que místicamente renueva en cada uno de nosotros los actos de su vida terrena: su nacimiento, su consagración, su ayuno, su tentación, su agonía, su pasión, su muerte, su resurrección y su ascensión. Como Él es todo en todos, aunque podamos tan poco por nosotros mismos, y tengamos tan escaso valor y mérito como el agua en el bautismo o el pan y vino en la sagrada Eucaris-

tía, somos, con todo, fuertes en el Señor y con el poder de su fuerza.

ORACIONES – Padre nuestro, Ave María, Gloria Patri. Oración de la Novena.

DIA SEGUNDO

DIOS EL INCOMPREENSIBLE
MANIFESTADO EN CRISTO

Cuando confesamos únicamente que Dios es omnipotente, no tenemos de Él más que un conocimiento a medias. Su omnipotencia puede al mismo tiempo envolverse en pañales de debilidad, y hacerse cautiva de sus propias creaturas. Si es lícito hablar así, Él tiene el incomprensible poder de hacerse incluso débil. Hemos de conocerlo a través de sus nombres de Emmanuel y Jesús, si queremos conocerlo perfectamente.

ORACIONES – Padre nuestro, Ave María, Gloria Patri. Oración de la novena.

DIA TERCERO

DIOS NUESTRO UNICO GUIA

Creo, Salvador mío, que sabes bien lo que es mejor para mí. Creo que me amas, y que eres omnisciente en Tu providencia y omnipotente en Tu protección. Ignoro, como lo ignoraba san Pedro, lo que me ha de suceder en el tiempo futuro: pero me conformo enteramente a esta ignorancia mía, y con todo el corazón te doy gracias porque has quitado de mí el cuidado de mí mismo, y en vez de poner esa carga tan pesada sobre mí, me has mandado que me eche en tus brazos. No puedo pedir nada mejor que esto: que me cuides Tú y me olvide yo de mí.

ORACIONES - Padre nuestro, Ave María, Gloria Patri. Oración de la novena.

DIA CUARTO

EL CRISTIANO, UN HOMBRE AMANTE DE DIOS. ANHELOS DE DIOS

No solo debemos tener fe en Él, sino también estar a sus órdenes; no solo esperar en Él, sino también permanecer en vela por Él; no solo amarle, sino también tener anhelos de Él; no solo obedecerle, sino también buscar seriamente nuestra recompensa hasta dar con ella, esa recompensa, que es Él mismo.

ORACIONES - Padre nuestro, Ave María, Gloria Patri. Oración de la novena.

DIA QUINTO

DIOS SOLO

Tener un alma virginal es no amar nada en el mundo fuera de Dios, o

amarlo solo por amor de Él. Alma virginal es la que está siempre buscando a su Amado, que está en el cielo, y aquella que le ve en todo lo que es amable en la tierra. Ama muy íntimamente a sus amigos de la tierra, pero como si estuvieran en su lugar, como dones de Él o como representantes suyos. Solo ama a Jesús con amor supremo, y soporta perderlo todo por no perderle a Él.

ORACIONES - Padre nuestro, Ave María, Gloria Patri. Oración de la novena.

DIA SEXTO

EL CRISTIANO ACTIVO Y CONTEMPLATIVO

Mientras estemos en la tierra, y nuestros deberes estén en este mundo, no olvidemos que nuestro amor debe ser silencioso, y nuestra fe vigorosa y viva. No olvidemos que en la proporción en que nuestro amor esté "arraigado y fundado" en el mundo futuro, nuestra fe crecerá en este, como un árbol fructífero. Cuanto más estemos en paz, más activas serán nuestras vidas; cuanto más pacificados estemos, más eficaces seremos; cuanto más resignados, más celosos; cuanto más serenos, más fervientes.

ORACIONES - Padre nuestro, Ave María, Gloria Patri. Oración de la novena.

DIA SÉPTIMO

EL MUNDO DISGREGADO SE RECONCILIA Y RENUEVA EN CRISTO

Cristo vino para reunir todos los elementos del bien dispersos a través del mundo; para hacerlos suyos, iluminarlos con su

luz, reformarlos y remodelarlos en Sí mismo. Vino para dar a todas las cosas un principio nuevo, mejor que el que tuvieron en Adán, y para ser un manantial del cual pudiese brotar en adelante todo bien.

ORACIONES – Padre nuestro, Ave María, Gloria Patri. Oración de la novena.

DIA OCTAVO

LA RESPUESTA CRISTIANA:
OBEDIENCIA CIEGA A DIOS,
SABIDURIA Y MISERICORDIA INFINITA

Una lección constantemente enseñada a los Israelitas fue que no debían nunca pretender actuar por iniciativa propia, sino esperar hasta que Dios actuase por ellos; que alzasen los ojos con reverencia, y le siguiesen entonces como guía. Dios era su Prudentísimo Rey: para ellos era un deber no tener voluntad propia, distinta de Su voluntad, no hacer ningún plan propio, no emprender ninguna obra por sí mismos. "Calla y mira que yo soy Dios". No te muevas, no hables; mira a la

columna de nube: después síguela. Esta era la orden.

ORACIONES – Padre nuestro, Ave María, Gloria Patri. Oración de la novena.

DIA NOVENO

PODER DE LA ORACION DE SU MADRE

La razón por la que la Santísima Virgen se llama poderosa y a veces todopoderosa, es porque, más que ningún otro, más que todos los Angeles y Santos, tiene este gran don, este don eminente, de la oración. Nadie tiene la entrada al Todopoderoso que tiene su Madre. Nadie tiene los méritos que tiene ella. Su Hijo no le negará nada de lo que ella le pida; y ahí se funda su poder. Cuando ella defiende a la Iglesia, ni altura ni profundidad, ni hombres ni espíritus malos, ni grandes monarcas ni malicia humana, ni violencia popular pueden dañarnos. Porque la vida humana es corta; pero María vive en el cielo como Reina por siempre.

ORACIONES – Padre nuestro, Ave María, Gloria Patri. Oración de la novena.

**ORACION****Por la beatificación del Cardenal Newman**

Señor Jesucristo, cuando es Tu voluntad que un siervo Tuyo sea elevado a los honores del Altar, Tú lo glorificas por medio de evidentes signos y milagros. Por ello, Te pedimos quieras concedernos la gracia que ahora imploramos por intercesión de John Henry Newman. Por su devoción a Tu Inmaculada Madre y su lealtad a la sede de Pedro, pueda ser nombrado algún día entre los Santos de la Iglesia.

Amén.

*Parochial and Plain Sermons III, 18
predicado el 8 de noviembre de 1835*

El don del Espíritu

Traducción: Inés de Cassagne

*“Todos nosotros, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados, de gloria en gloria, en la misma imagen, por el Espíritu del Señor”
(II Cor. 3, 18)*

Moisés oró por esta sola cosa, poder “ver la gloria de Dios”, y le fue permitido contemplarla en cierta medida: tanto es así que cuando bajó del Monte, “la piel de su rostro brillaba” por lo cual el pueblo “tuvo miedo de acercársele”. Sólo a él le fue concedido ese privilegio en esa forma íntima, y sólo por una vez; pero le fue prometido que, en un futuro, sería extendido a todo el mundo. Dios le dijo: “Por mi vida, la gloria del Señor habrá de llenar toda la tierra”, esa gloria que los israelitas vislumbraron y han profanado. Más tarde, los profetas Isaías y Habacuc anunciaron igualmente que la tierra se llenaría de la gloria del Señor y su conocimiento. Estas promesas se cumplieron con la venida de Cristo, pues “nosotros –dice San Juan– hemos contemplado su gloria, la gloria del Primogénito del Padre”.¹

San Pablo (en el capítulo que termina con la cita de nuestro encabezamiento) contrasta las sombras y arras –bajo la Ley– de la “gloria que habrá de acompañar la venida de Cristo”, con esta gloria en sí misma. Dice que él y sus hermanos apóstoles “no son como Moisés que ponía un velo sobre su rostro”. Ahora la gloria de Dios en toda su amplitud es el privilegio y herencia de todos los creyentes, quienes “en el rostro no velado de Cristo su Salvador, contemplan reflejada la gloria del Señor” y “son transformados a su imagen, de gloria en gloria”. Las palabras del Señor

en su última oración por sus Apóstoles y todos sus discípulos, nos participan la misma bondadosa verdad. Dice: “La gloria que Tú me has dado, Yo se la he dado a ellos”.²

Esta Dispensación gloriosa bajo la cual existe hoy la Iglesia, es llamada por San Pablo, en el mismo capítulo, “el ministerio del Espíritu”; y nuevamente en el texto se dice que estamos cambiados en la gloriosa imagen de Cristo “por el Espíritu del Señor”.

Además, la Iglesia, habiendo sido honrada y exaltada por la presencia del Espíritu de Cristo, es llamada “el Reino de Dios”. Nuestro Señor dice: “El Reino de Dios está cerca”; “a menos de nacer del agua y el Espíritu Santo, no puede el hombre entrar en el Reino de Dios”.³

Propongo ahora algunas observaciones sobre este don particular de la Dispensación Evangélica, del cual se habla –según lo visto– como del don del “Espíritu”, del don de “gloria”, por medio del cual la Iglesia ha llegado a ser lo que no era antes –el Reino de los Cielos.

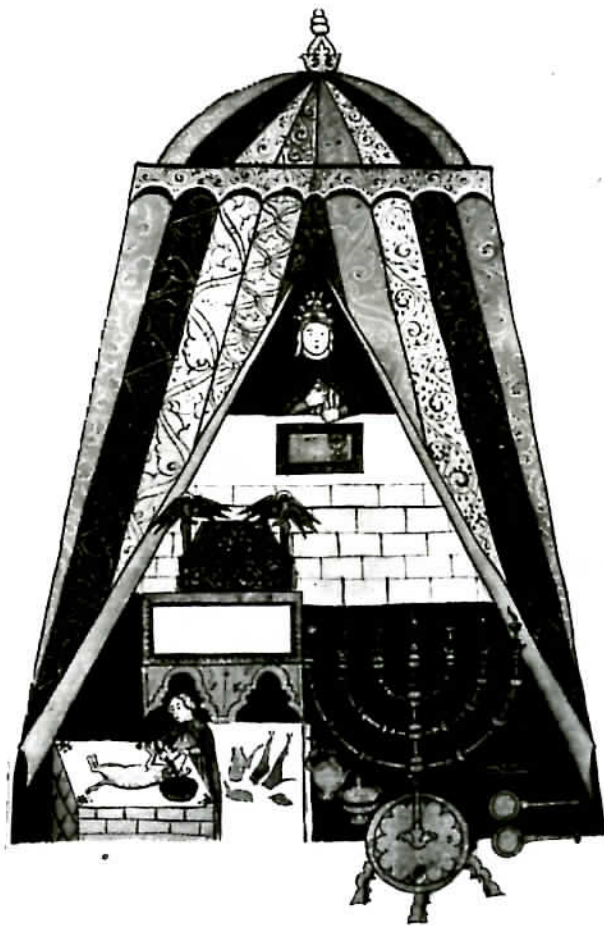
Y aquí, antes de entrar en el tema, querría observar que la gloria, si bien en un sentido fue concedida aun bajo la Ley –por ejemplo, en sus milagros (como cuando los israelitas son condenados por haber “visto la gloria del Señor y sus milagros” y sin embargo “no haber escuchado su voz”)–⁴,

2. Jn 17,22

3. Mat 10,7; Jn 3,5

4 Núm. 14,22

1. Exod 34,30; Núm 14,21; Is 11,9; Hab. 2,14; Jn 1,14



El Tabernáculo.
Exodo 25, 8-9.
(Biblia de Alba, f.
88 v)

desde otra perspectiva, en cambio, pertenece con exclusividad a la futura beatitud prometida. Dentro de ella hay un sentido peculiar por el cual se la atribuye a la Iglesia de Cristo. Veremos esta cuestión.

1. En primer lugar, nos es dado penetrar algo en la fuerza de la palabra "gloria" para designar nuestro actual privilegio, si consideramos el significado del título "Reino de los Cielos", acordado a la Iglesia —según vimos— desde la venida de Cristo. Se la llama así en cuanto la Iglesia es la corte y el dominio de Dios Todopoderoso, quien, tras la caída del hombre, había retirado su real presencia de la tierra. Ciertamente, en todo tiempo, Dios envió sus testigos; empero, aun en sus manifestaciones más benévolas, lo hizo como en tierra de enemigos, "como un forastero en el país, como un caminante que se desvía para pernoctar"⁵. Pero cuando Cristo reconcilió a Dios con sus criaturas caídas, Él volvió según la profecía: "Ha-

bitaré y caminaré con ellos, seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Pondré mi santuario en medio de ellos para siempre"⁶. Desde ese entonces realmente ha habido un Paraíso sobre la tierra, cumpliéndose así lo que Jacob vio. De allí en adelante la Iglesia dejó de ser una ordenación carnal, hecha de materiales corruptibles, como el Tabernáculo judío, que había sido el *typos* de la Dispensación a la que pertenecía. La Iglesia llegó a ser un "reino que no puede ser removido", habiendo sido suavizado, purificado y espiritualizado por la sangre de Cristo allí derramada. Se convirtió en una parte integral del muy real mundo invisible cuya Luz inextinguible es el Señor, y en conciudadana de sus beatos ciudadanos. Esto está decripto así en la epístola a los Hebreos: "Vosotros os habéis acercado al monte Sión, a la ciudad del Dios Vivo" (de la cual la Sión terrenal era un *typos*), "a la Jerusalén Celeste" (llamada en otra parte "Jerusalén de arriba"); "a los millares de ángeles en fiesta, a la asamblea de los primogénitos inscritos en el Cielo (o sea: "somos ciudadanos del Cielo"), a Dios, juez de todo; a los espíritus de los justos llegados a la meta, al mediador de la nueva alianza, Jesús, y a la sangre de la aspersión que clama con más fuerza que la de Abel".⁷

Puesto que la Iglesia de Cristo es un Cielo sobre la tierra, no ha de sorprender que, de un modo u otro, su privilegio o don distintivo sea **la gloria**. Éste es el atributo propio e inseparable de nuestra noción de Cielo, según las insinuaciones que nos provee la Escritura. La gloria de aquí, entonces, puede ser concebida al considerar lo que creemos que ha de ser la gloria de allá.

2. En segundo lugar, si tenemos en cuenta la variedad y dignidad de los dones administrados por el Espíritu, quizás podamos discernir hasta cierto punto por qué nuestro estado, bajo la ley evangélica, es llamado **estado de gloria**.

Hoy en día suelen dividirse las obras del Espíritu en dos clases: milagrosas y morales. Las milagrosas corresponden a Sus manifestaciones en los primeros tiempos: maravillas, fuera del curso natural, dirigidas a nuestros sentidos, como el poder de curar, de resucitar, etc.; y también de hablar en lenguas y profetizar. Por operaciones o influencias *morales*, en cambio, se entienden las que obran sobre nuestras mentes y nos habilitan para ser lo

5. Jer 14,8

7. Hebr 12, 22-24

6 II Cor 6,16

que, de otro modo, no podríamos ser; en una palabra, todo logro de Santificación. Estos distintos trabajos del Espíritu Santo, vistas en sus efectos, son habitualmente llamados, los unos extraordinarios, los otros ordinarios; o también *dones* y *gracias*. Suele decirse que los dones han cesado y sólo las gracias nos quedan. De ahí que se limite el actual ministerio del Espíritu a ciertas influencias sobre nuestra naturaleza moral: al oficio de cambiar, renovar, purificar el corazón y la mente, implantar buena voluntad, impartir conocimiento de nuestro deber y poder para cumplirlo, así como cultivar y madurar en nuestro interior todos los rectos deseos y hábitos, y conducirnos a todas las obras de santidad. Ahora bien, todas estas influencias y operaciones corresponden por cierto al "ministerio del Espíritu"; pero ¿en qué sentido cada uno de sus efectos en nosotros puede ser llamado con justeza "gloria"? A ellos, agréguese los milagros que ahora han cesado, y se obtendrá mayor inteligibilidad de su significado, pero no el sentido propio y peculiarmente evangélico. La Iglesia Judía fue agraciada con una presencia sobrehumana más estable que la Iglesia de Cristo, y con potentes milagros: sin embargo, no poseyó el privilegio de la gloria. Sus patriarcas y maestros se elevaron a grados de santidad tan imposibles de medir como los de nuestros Apóstoles y Mártires bajo el Evangelio, y no parece, vista humanamente, que la masa de nuestro pueblo cristiano esté más ampliamente santificada que la judía. ¿Cómo es entonces que nosotros estamos en estado de gloria y ellos no? Admitiendo que el don del Espíritu mencionado en la Escritura incluye tanto los milagros de los primeros tiempos como los influjos de la gracia; admitiendo también que la gracia santificante es otorgada a cada cristiano con mayor plenitud, variedad y poder que la concedida a los judíos (aun en el caso de apagarse); admitiendo asimismo que la santidad es realmente la característica de ese don que administra ahora el Espíritu Santo, así como lo fueron los milagros en los primeros tiempos; todavía esto no basta para describirlo; ni se equipara a nuestro gran privilegio evangélico, que es algo más hondo, más amplio y más misterioso, aun incluyendo tanto los milagros como las gracias.

En verdad, el Espíritu Santo reside en la Iglesia con sus variados dones como un Espíritu septiforme. Por ejemplo, el don de la inmortalidad corporal ¿es milagroso o moral? Ni una cosa ni la otra, en el sentido habitual de esos términos; de hecho por el poder del Espíritu se nos acuerda este don en esta vida, según dicen los textos: "Vuestro cuerpo es el templo del Espíritu Santo", y "El que resucitó a Jesús de entre los muertos, resucitará también vuestros cuerpos mortales por

la inhabitación de Su Espíritu".⁸ Otra pregunta: la justificación —o aplicación al alma de los méritos de Cristo— ¿es moral o milagrosa? Ni una cosa ni la otra; con todo, se nos dice que estamos "lavados, santificados, justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios".⁹ Nueva pregunta: el don del Espíritu Santo en las Sagradas Ordenes ¿es milagroso o moral? No es ni una cosa ni la otra, sino un poder sobrenatural de administrar eficazmente las cosas santas. Continuando, la comunión con Cristo ¿es milagrosa o moral? No, sino al contrario: una real pero misteriosa unión de naturaleza con Él, pues "somos miembros de Su cuerpo, de Su carne y de Sus huesos".¹⁰ Reflexiones de este tipo están calculadas; y quizás para hacernos penetrar más hondo que lo admitido habitualmente en el carácter de este Don que acompaña la presencia del Espíritu Santo en la Iglesia, llamado don de gloria. No que todo lo dicho hasta aquí basta para definirlo; más bien sostengo que no puede ser definido. No se lo puede limitar, ni dividir, ni agotarlo al dividirlo. Aquí se ve cuán defectuosa resulta esa división entre 'milagroso' y 'moral', que para otros propósitos puede ser útil. La Escritura habla del don bajo el vago y misterioso término de "gloria"; y todas las descripciones que se den o puedan darse quedan afuera del misterio.

3. Quizás podría inquirirse si el don del Espíritu que poseemos nosotros ahora, es llamado realmente con ese nombre. Con el propósito de aclarar este asunto, voy a enumerar varios pasajes en orden, además de los aducidos al comienzo; y a medida que los vaya citando, les haré observar la continua e íntima conexión con que aparecen el "Espíritu", la "gloria" y el "Cielo".

"El Espíritu de la gloria, que es el de Dios, reposa sobre vosotros" (1 Pedr.4,14).

"El Dios de toda gracia, que nos ha llamado a Su eterna gloria por Jesucristo, después que hayáis sufrido un poco, os perfeccionará" (1 Pedr.5,10).

"Su divino poder, al darnos conocimiento de Aquel que nos ha llamado a la gloria y a la virtud, nos ha concedido también todo lo necesario para la vida y la bondad" (2 Pedr.1,3).

"A los que predestinó, también los llamó, y a los que llamó, también los justificó, también les comunicó su gloria" (Rom. 8, 30).

"Nosotros exponemos un saber divino y secreto, el saber oculto, ése que, conforme al decreto de Dios antes de los siglos, había de ser nuestra gloria... El ojo no vio, ni el oído oyó, ni jamás en-

8. I Cor 6,19; Rom. 8,11

9. I Cor 6,11

10. II Petr. 1,4; Ef. 5,30

tró en corazón humano, lo que Dios ha preparado para quienes Lo aman.... El hombre natural no recibe las cosas del Espíritu de Dios, pues le parecen insensateces, y no puede conocerlas porque se disciernen con el criterio del Espíritu" (1 Cor. 2, 7, g, 14).

"Bendito sea Dios el Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales en los Cielos en Cristo" (Ef. 1, 3)

(Yo ruego) "que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os conceda el Espíritu de sabiduría y revelación en el conocimiento Suyo, que ilumine los ojos de vuestro entendimiento, para que podáis conocer cuál es la esperanza de Su llamado, y cuáles son las riquezas de la gloria de Su herencia en los Santos, y cuál es la extrema grandeza de Su poder para con nosotros que creemos, según la obra de Su potente poder que ha obrado en Cristo, cuando Lo resucitó de entre los muertos" (Ef. 1, 17-20)

"Dios, que es rico en misericordia, por el gran amor que nos tuvo, cuando estábamos muertos por las culpas, nos dio vida con Cristo —por pura generosidad estáis salvados—, con Él nos resucitó y nos hizo sentar en el cielo, en la persona de Cristo....Por Su intermedio tenemos acceso y por el único Espíritu junto al Padre....En Él (Cristo) vais siendo edificados y ensamblados para ser una morada de Dios por el Espíritu" (Ef.2, 4-6, 18, 22)

"(Yo ruego) para que, de acuerdo con las riquezas de su gloria, os refuerce y robustezca interiormente con su Espíritu, para que Cristo se instale por la fe en vuestros corazones y quedéis arraigados y cimentados en el amor, y así podáis comprender, en compañía de todos los santos, la anchura y largura, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo que supera todo conocimiento, para que os colméis con la plenitud total de Dios" (Ef. 3, 1-19).

"Cristo amó a Su Iglesia y se entregó por ella, para santificarla y limpiarla con el baño de agua de su palabra, para prepararse una Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga ni nada parecido, sino santa e inmaculada" (Ef. 5, 25-27).

"Para los que fueron iluminados una vez, han saboreado el don celeste y participado del Espíritu Santo, han saboreado la palabra favorable de Dios y los poderes de la edad futura, si apostatan es imposible otra renovación..." (Hebr.6, 4-6).

Quisiera que prestarais peculiar atención a este último pasaje. Al hablar de quienes contrarían la gracia de Dios, va enumerando varias características y títulos de la gloria a la que renuncian: la iluminación, el don celestial, el Espíritu Santo, la Palabra Divina, los poderes de la edad futura. To-

dos ellos significan lo mismo, enfocando bajo luces distintas este indecible privilegio del Evangelio, que es una prenda y una porción de la gloria celestial, de la santidad y beatitud de los Ángeles —una actual entrada al mundo próximo, abierta a nuestras almas al participar del Verbo Encarnado, que nos es administrado por el Espíritu Santo.

Tal es el misterioso estado en que permanecen los cristianos. ¿Insistiremos todavía? Los cristianos están en el Cielo, en el mundo de los espíritus, en medio de invisibles influencias de todo tipo. "Su conversación está en el Cielo"; viven entre los ángeles y al alcance (si es que puedo decirlo así) de los santos que han partido. Son ministros en torno al Trono del Padre con el que se han reconciliado, "reyes y sacerdotes de Dios", tras haber lavado sus túnicas con la sangre del Cordero, habiendo sido consagrados como templos del Espíritu Santo. Siendo esto así, captamos algo de aquella ansiedad con que San Pablo ansiaba que sus hermanos comprendiesen "la anchura y largura", y "las riquezas" de la gloriosa herencia de la que gozaban, y, por otro lado, su tajante afirmación de que "el hombre natural" no puede "discernirlo".

Si ahora recurrimos a las palabras anteriormente citadas de nuestro Salvador, descubriremos que todo cuanto han dicho los Apóstoles en sus epístolas no es sino la expansión de dos breves sentencias Suyas: "A menos que renazca el hombre del agua y del Espíritu, no podrá entrar ni ver el Reino de los Cielos", "La gloria que Tú me diste, yo se las he dado a ellos" (Jn. 3, 5; 17, 22). Sobre estos textos hago las siguientes observaciones. Cuando Nicodemo dudó sobre lo dicho —que el nacimiento a través del Espíritu da entrada a Su Reino— Jesús le dijo: "Si te he dicho cosas terrenales y no las crees, ¿cómo creerás si te hablase de cosas celestiales? Y ningún hombre subió al Cielo, salvo el que bajó del Cielo, el Hijo del Hombre que está en el Cielo". En estas palabras, Nuestro Señor devela plenamente que Él, el Hijo del Hombre, en algún sentido está realmente en el Cielo a pesar de que al mismo tiempo, para los ojos humanos, es visto en la tierra. Su discurso parece seguir esta dirección: "¿Os molesta la doctrina del nuevo nacimiento del alma al Reino de Dios? Ahora bien, por más alta que sea, no es sino una verdad terrena, comparada con otras que Yo, venido del Cielo, podría develar. Resulta un misterio que el hombre renacido pueda ser un ciudadano del reino de los Cielos; empero Yo mismo, quien les habla, estoy en este momento en el Cielo también, aun en Mi humana naturaleza." Así, el gran Misterio de la Encarnación se vuelve el englobante y la prenda de nuestro propio nuevo nacimiento. Así como Él está en el Cie-



lo de una manera inefable, aun en sus "días de carne", así también nosotros lo estamos en nuestro grado según las palabras de Su Oración sacerdotal: que Sus discípulos puedan "ser todos uno, así como Tú, Padre, estás en Mí y yo en Ti, que también ellos sean uno en Nosotros" (Jn. 17, 21)

Jesús se dignó revelar más explícitamente esta alta verdad en ocasión de Su Trasfiguración. Este episodio puede parecerles a muchos sin objeto ni significado. En un aspecto, se trata de un milagro; sin embargo, a diferencia de los usuales milagros de nuestro Señor, carece de propósito subsecuente y además fue realizado en privado. Seguramente, empero, tiene naturaleza doctrinal: es nada menos que una exhibición figurativa de la sagrada verdad que contienen los textos antecitados, una visión del glorioso Reino que inauguró con su venida al mundo. Poco antes les había dicho a Sus apóstoles: "Os aseguro que algunos de los aquí presentes no morirán sin haber visto el *Reino de los Cielos*." Entonces, "seis días después Jesús tomó a Pedro, a Santiago y a Juan su hermano, y subió con ellos a una montaña apartada. Allí se transfiguró delante de ellos: Su rostro bri-

llaba como el sol y sus vestidos se volvieron blancos y esplendentes como la luz. De pronto se les aparecieron con gloria Moisés y Elías conversando con Él... Pero Pedro y los otros tenían los ojos pesados de sueño; y cuando despertaron, *vieron Su gloria*" (Mat 17, 1 y cfr. Luc. 9, 27 y cfr. Jn. 1, 14; 2 Pedro 1, 17). Así es el Reino de Dios: Cristo está en el centro, Su gloria es la luz de este reino, el Justo perfecciona a Sus compañeros y convierte a Sus apóstoles en testigos para con sus hermanos. Se realiza así lo que vislumbraron los santos del Antiguo Testamento —Jacob en Bethel, Moisés en el Sinaí.

Siendo ésta la gloria especial y tremenda que le es acordada a la Iglesia de Cristo, cabe preguntar ¿hasta qué punto es impartido el don a cada uno de sus miembros individualmente? Le es impartido a cada miembro en su bautismo, como puede inferirse de las mismas palabras de nuestro Señor en su discurso a Nicodemo sobre el nacimiento por el Espíritu y sobre el bautismo como único medio de entrar en Su Reino: a menos de "nacer del agua y del Espíritu", absolutamente nadie puede ser miembro de Su Reino. Por este nuevo nacimiento del hombre, la Divina Shékina es derramada en su interior —alma y cuerpo—, separándolo realmente, y no sólo de nombre, de los que no son cristianos, elevándolo en la escala del ser, arrastrando y vitalizando todo cuanto hay en él de sobrenatural, y repartiendo, a su debido tiempo y en su debida medida, su suprema virtud celestial. De esta manera, y en tanto el cristiano cuida el Don, se realiza en él lo que dice el texto: ser "transformado de gloria en gloria como por el Espíritu del Señor".

Por el contrario, si alguien pone resistencia al Don, éste se va retirando gradualmente y, siendo desbaratado en cuanto a su fin principal, la santificación, también se pierde el derecho a sus demás beneficios. Tal parece ser la regla del divino Dispensador del Don, y, si nosotros pudiéramos ver las almas, sin duda las veríamos de este modo: niños recién bautizados brillantes como querubines, como llamas de fuego que se elevan hacia el Cielo cual sacrificio agradable a Dios, después, al pasar de la infancia al estado de mayoría de edad veríamos, según el caso, o bien la luz en su interior desvaneciéndose, o bien fortaleciéndose; y finalmente, entre los adultos, pocos con marcas de que el Señor haya estado alguna vez entre ellos, sólo aquí y allá algunos desperdigados testigos de Cristo y aun así con marcas de las heridas del pecado.

Para terminar, ¡ojalá lo que he tratado de hacer ver, ojalá estas visiones, en lo esencial propias de la Iglesia Católica desde el principio, fuesen mejor entendidas y recibidas entre nosotros! Con la ayuda de Dios podrían atajar el extremo del entusiasmo que prevalece en todas partes, así como disipar esas frías y tan comunes nociones de la religión que constituyen su extremo opuesto. Hasta que no comprendamos que los dones de la gracia son invisibles, sobrenaturales y misteriosos, no nos queda más remedio que balancear entre un declamar sobre las altas y brillantes expresiones de la Escritura, o bien darles interpretaciones atolondradas, irreverentes y autoexaltantes, lo que constituye uno de los mayores errores de nuestro tiempo. Por un lado están los que poseen mentes despiertas y sensitivas: saben por la Escritura, que el don del Espíritu Santo es algo grande y no terreno, y no los satisfacen las magras concepciones de la mayoría; sin embargo, no sabiendo dónde buscar lo que necesitan, se ven llevados a colocar la vida del cristiano —“escondida con Cristo en Dios”— en una especie de éxtasis religioso, en una fabricada alta sensibilidad en lo referente a temas sagrados, en pensamientos vehementes, en sentimientos de tonalidad suave y lánguida, y en conversaciones forzadas en las cuales hacen profesión de todo ello. Y lo que es peor, por la misma causa, que es su ignorancia del carácter *sobrenatural* del Don Celestial, pretenden medirlo por efectos sensibles en los demás, no reconociendo como cristianos sino a aquellos que suponen serlo por responder a dichas características externas. Por otro lado están las gentes sensibles y de mente sobria quienes, indignadas por tales excesos, prefieren acogerse a la idea de que el don del Espíritu Santo fue cosa del pasado, algo peculiar de los tiempos apostólicos y que ahora su efecto en nosotros consiste, a lo sumo, en hacernos ciudadanos decentes y ordenados de la sociedad en que vivimos. Conciben nuestro privilegio evangélico como algo de mera naturaleza externa, de efecto educacional y cosas semejantes; a lo sumo consistente en el perdón de nuestros pecados y en el favor que nos acuerda Dios, pero no acompañado por la dispensación de reales e inherentes poderes habilitantes. Tales son las consecuencias cuando, de un modo o de otro, es oscurecida la doctrina que nos fuera revelada como remedio de nuestras necesidades. De las palabras de Vida, la mente pesca y trata de aprehender uno u otro aspecto, pero así, privadas de su verdadero significado, se vuelven errores con que tratan de compensar la ausencia de Verdad.

No caigamos nosotros en lo mismo. Cuanto más penetremos en este alto tema, tanto más hu-

mildemente confiemos en su verdad y tratemos de actuar conforme. Adoremos la Sagrada Presencia en nosotros con temor, gozo y temblor. OfrezcámonosLe en sacrificio nuestros mejores dones ya que Él no rechazó sino asumió nuestros pecados. Oración, alabanza y acción de gracias, “buenas obras y limosnas”, una sincera y llana confesión, autorrenuncia y despojo, constituyen el ritual de adoración con el cual Le servimos nosotros en estos, Sus Templos. No estamos en condiciones de precisar en concreto qué obras de fe nos valdrán ser finalmente aceptados; tampoco discernimos su eficacia en cuanto a cambiar nuestras voluntades y caracteres; por más que ciertamente son eficaces. Lo único que sabemos es que, si perseveramos en esas obras de fe, la luz interior crece más y más, y que Dios se manifiesta en nosotros de un modo que el mundo no conoce. Todo nuestro deber consiste en esto: primero, contemplar a Dios Todopoderoso así en el Cielo como en nuestros corazones y almas; segundo, mientras Lo contemplamos, obrar hacia y para Él en nuestros trabajos cotidianos. En otras palabras: nuestro deber es mirar por la fe Su Gloria afuera y adentro de nosotros, y entenderla mediante nuestra obediencia. Así, uniremos la más elevada concepción de Su majestad y generosidad hacia nosotros, con el brindarLe nuestro más humilde, minucioso y no ostentoso servicio.

Por último, la doctrina expuesta no puede dejar de producir en nosotros sentimientos más profundos y reverentes hacia la Iglesia de Cristo, en cuanto es Su especial morada. Tenemos conciencia de ello como nadie. La muchedumbre no lo entiende. Y esto ocurrió también en Israel. Hubo un tiempo en que hasta en Betel donde Dios había dignado revelarse, los mismos hijos de la ciudad se burlaron de Su profeta, sin reparar que tenía el manto de Elías. Más tarde, les mandó el profeta Ezequiel diciéndole: “Les dirás ‘esto dice el Señor’ te escuchen o no te escuchen” y “no les tengas miedo, te escuchen o no te escuchen, y sabrán *que* hay un profeta en medio de ellos” (Ez.2, 5,7)

Por lo tanto, no tengamos miedo de ser un puñado entre una multitud que no cree. No temamos ni la oposición, ni la sospecha, ni el reproche, ni el ridículo. Dios nos ve, y Sus ángeles. Ellos saben que tenemos razón y dan testimonio de nosotros; y “todavía un poco, y El que viene vendrá, y no tardará. Por ahora el justo debe vivir de la fe” (Hebr.10, 37, 38) ♪

Newman y el Verbo encarnado: plenitud de la Revelación y Mediador universal, ante el pluralismo religioso

Conferencia del P. Fernando M. Cavaller
en el Congreso Internacional Newman,
Oxford, 10-13 de agosto de 1998

El documento "El cristianismo y las religiones", de la Comisión Teológica Internacional, publicado en septiembre de 1996, dice que "ante la nueva situación creada por el pluralismo religioso se replantea la pregunta por la significación universal de Jesucristo en relación con las religiones y la función que éstas pueden tener en el designio de Dios". Esa situación, por supuesto, no es tan "nueva" en su esencia, sino en el relativismo universal en el que se la vive. Newman mismo la conoció en la Inglaterra del siglo XIX, y sabía que ha existido, de hecho, en diverso grado y extensión desde el comienzo de la Iglesia. Encontró una respuesta válida en la actitud de los Santos Padres, y más remotamente en los mismos apóstoles y San Pablo. El documento afirma, además, que "la Iglesia enseña sobre las religiones a partir de la verdad de la fe cristiana", no al margen de ella. Newman también.

I

Así predicaba en 1834: *"El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros"...* *El Verbo era desde el principio el Unigénito Hijo de Dios. Antes que los mundos fueran creados, cuando aún no había tiempo, El existía en el seno del Eterno Padre, Dios de Dios, y Luz de Luz... El es llamado Verbo de Dios, como mediando*

entre el Padre y todas las creaturas, trayéndolas al ser; formándolas, dando al mundo sus leyes, impartiendo la razón y la conciencia a la creatura de orden superior, y revelándoles al debido tiempo el conocimiento de la voluntad de Dios... Pero ese incuestionable Amor que se mostró en nuestra creación original, no descansa contento con la obra frustrada, sino que desciende otra vez desde el de Su Padre para hacer Su voluntad y reparar el mal que el pecado había causado... De este modo entró el Hijo de Dios en este mundo mortal, y cuando hubo alcanzado la condición de hombre maduro, comenzó Su ministerio, predicó el Evangelio, eligió a Sus Apóstoles, sufrió la cruz, murió y fue sepultado, resucitó y ascendió a lo alto, desde donde reina hasta el día en que venga otra vez para juzgar al mundo. Este es el Misterio lleno de gracia de la Encarnación, bueno para adentrarse en él, bueno para adorarlo...!

Newman se expresa con las palabras de la Escritura y de la Tradición. El sermón incluye algunas respuestas a doctrinas arrianas, nestorianas y gnósticas, que ocasionaron las controversias trinitarias y cristológicas de la Iglesia primitiva. Pero estaba contestando al liberalismo racionalista de su época, que se parecía mucho, en su reduccionismo cristológico y en



San Atanasio.
Monasterio de San Moisés el etiope, Nabak, Siria.

su espíritu antidogmático, al racionalismo arriano y nestoriano. La comprensión del misterio teándrico de Cristo era fundamental. Esto le movió a escribir ensayos como el que publicó para rebatir las teorías del liberal protestante Milman, *quien, admitiendo nada más que lo que es de este mundo cuando contempla a la persona de Cristo, está obligado a ver en Él, por su misma teoría, nada más que un hombre.*²

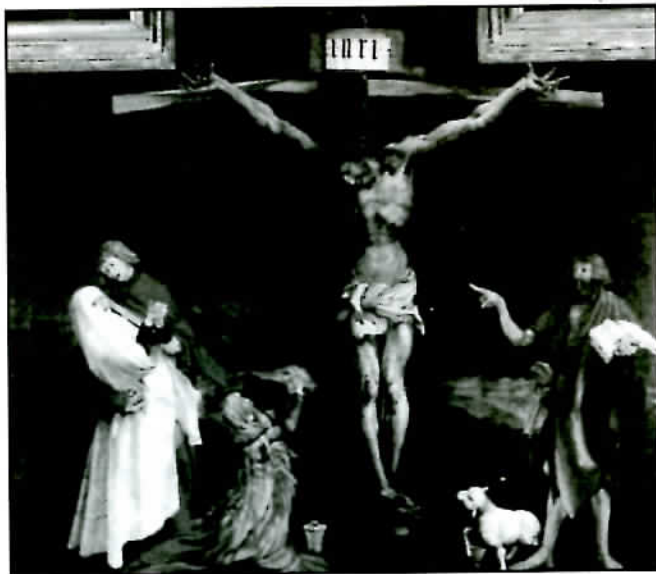
Además de estudiar a teólogos anglicanos como Butler, Newman basó su teología en los Santos Padres, especialmente los alejandrinos, como San Atanasio. Por ello, afirmó la Encarnación del Logos como la verdad central del cristianismo, la gran doctrina del Evangelio. Este es, por tanto, el primer sentido en el que podemos reflexionar sobre "Newman y la Palabra". Afirma directamente en su Ensayo sobre el Desarrollo: *En alguna ocasión se ha intentado determinar, como se la ha llamado, la "idea principal" del cristianismo.... Algunos han dicho que... es la restauración de la raza caída, para otros la filantropía, el anuncio de la inmortalidad, la espiritualidad del verdadero servicio religioso, la salvación de los elegidos, la libertad mental, o la unión del alma con*

*Dios. ...En este sentido yo mismo debería situar la encarnación como doctrina central del cristianismo... la verdad central del Evangelio y la fuente desde la que vamos a trazar sus principios.*³

¿Cuáles son estos "principios" que surgen de la Encarnación? Son precisamente los distintos aspectos que conciernen a la Revelación, a la autocomunicación de Dios a los hombres. Son los principios teológicos que surgen de esa condescendencia divina, de la "economía de la palabra", manifestación del misterio divino en un medio humano, es decir, "economía de la mediación". Newman enumera nueve, pero uno está vinculado inmediatamente a la Encarnación, y de él brotan los demás: el "principio sacramental". *La encarnación es el antecedente de la doctrina de la mediación, y el arquetipo del principio sacramental... La doctrina de la encarnación es el anuncio de un don divino transmitido por un medio visible y material, al acontecer que el cielo y la tierra se unen en la encarnación. Es decir, establece como característico en la misma idea del cristianismo el principio sacramental.*⁴ Se convierte así en la norma universal de la economía de mediación. *Es la ley de la Providencia aquí abajo; obra tras un velo....Esta es la única gran regla sobre la cual han sido y son dirigidas las divinas dispensaciones con la humanidad: el mundo visible es el instrumento del mundo invisible, aunque también su velo.*⁵ Desde aquí, los otros principios surgen uno tras otro. Dos de ellos conciernen a la palabra humana, en relación a la divina: el principio de la Escritura y el principio del dogma. Otros dos a la respuesta que da el hombre a la Palabra revelada y al influjo que recibe de ella: el principio de la fe y el principio de la gracia. Dejaremos los demás.

Los dos primeros, Newman los enuncia así: *Otro principio comprendido en la doctrina de la encarnación, desde el punto de vista de la enseñanza o del dogma, es el uso necesario del lenguaje, esto es, del texto de la Escritura en un sentido místico o segundo. Se deben crear palabras para expresar nuevas ideas y se las inviste con un oficio sacramental. Y luego, El principio del dogma, es decir, verdades sobrenaturales entregadas irrevocablemente al lenguaje humano, imperfecto por humano, pero definitivas y necesarias al provenir de lo alto.*⁶

Se afirma en ambos casos, que existe una sacramentalidad del lenguaje: es instrumento y también



velo de la Palabra eterna, que en su providencia y condescendencia habla así. *"Cada palabra de la revelación tiene un significado profundo. Es la forma exterior de una verdad celestial, y en este sentido es un misterio o sacramento. Podemos leerla, profesarla, pero no sondearla hasta el fondo. Pues tiene algo en lo que sólo podemos entrar más o menos según los casos, pero no perfectamente".*⁷ *"Frases como ...el Verbo se hizo carne, no son simple letra que podemos manipular a nuestra voluntad siguiendo las reglas de la lógica, sino que son augustos signos de hechos simplicísimos, inefables y adorables, abrazados y guardados como reliquia en la mente que cree..."*⁸ *"Cada sentencia de la Escritura es Su Palabra, vista en ese sentido divino.... El ha hablado,... y hecho suyas aun aquellas partes humanas por el nuevo sentido o significado que ha puesto en ellas."*⁹

En cuanto al lenguaje dogmático y su necesidad, sostiene que *"sin una proposición o tesis no puede haber asentimiento alguno o creencia"*. Quería responder así *"al error común de suponer que hay una cierta contradicción y antagonismo entre un credo dogmático y una religión vital..."*, pues hay quienes *"objetan que tales proposiciones no son más que un medio formal y humano que destruye toda verdadera aceptación del Evangelio y que convierte la religión en cosa de palabras o de lógica en vez de plantarla en el corazón..."*. Newman argumenta contra el evangelismo y el mismo liberalismo, ambos antidogmáticos, que *"la devoción debe tener su objeto y que este objeto,*

*siendo de índole sobrenatural, si no está representado a nuestros sentidos por un símbolo material, ha de ser presentado a la mente en forma de proposiciones... De esta forma toda devoción se apoya en el dogma."*¹⁰ Es decir, que los dogmas tienen también un oficio sacramental. Newman apreciaba el Credo por este motivo, pues sus palabras son expresión de hechos salvíficos. Por supuesto, también es consciente de su limitación, ya que *"...los dogmas católicos no son más que símbolos de un hecho divino que, lejos de ser abarcado por estas proposiciones, no sería agotado ni penetrado hasta el fondo por un millar de ellas..."*¹¹ Pero esto es propio de la sacramentalidad: el instrumento visible nunca es totalmente adecuado para expresar el misterio.

Newman ya había reparado en que el aspecto más relevante de la palabra es su relación con la persona. En la "Idea" dice que *"propriamente hablando, los términos por los cuales significamos este don característico del hombre, pertenecen a su manifestación por medio de la voz, no de la escritura. Se dirigen, en su idea primera, al oído, no al ojo. Lo llamamos el poder del hablar, lenguaje, es decir, el uso de la lengua...que es esencialmente una obra personal"*. Pero, además, *"pensamiento y lenguaje son inseparables uno de otro...¿qué significa «logos»? Tanto significa razón [pensar, conocer] como hablar, y es difícil decir cuál es el significado más propio. Significa ambas cosas a la vez."*¹²

En esta línea, la teología contemporánea, utilizando los datos de la filosofía y de la psicología del len-

guaje, insiste con razón en el carácter interpersonal, existencial y oblativo de la palabra. La palabra: 1ª, tiene un "contenido" (significa o representa un pensamiento, juicio, hecho); 2ª, es una "interpelación" (se dirige a alguien, a otra persona; provoca una respuesta; es comunicación); 3ª, es "descubrimiento de la persona que la dice" (manifestación, expresión, revelación). La palabra, por tanto, tiene lugar entre personas, entre un *yo* y un *tú*. Es expresión del misterio personal. Es oblativa: hablar se hace una forma de donación de la persona. La palabra es expresión del ser, pero como no basta para expresarlo totalmente, aparecen los gestos y las acciones. Aplicando estas consideraciones al Verbo, Logos eterno, pensamiento del Padre, y a su manifestación en la carne, vemos que se trata de una Palabra que no sólo brota de una persona sino que es Persona. Al encarnarse habla al hombre en lenguaje humano, tiene un contenido, interpela al hombre de quien espera una respuesta, y es fundamentalmente manifestación de la Persona del Hijo, que se entrega por nosotros. Su Palabra no es solo mensaje, sino acción redentora. Newman advierte la eficacia peculiar de la Palabra revelada en sus Papers no editados de 1863, citando a Isaías:

*"Este don está descrito en las palabras del Profeta: «Así como la lluvia y la nieve descienden del cielo y no vuelven allá, sino que empapan la tierra, la fecundan y la hacen germinar, para que dé simiente al sembrador y pan para comer, así será mi palabra, la que salga de mi boca, que no volverá a Mí vacía sin que haya realizado lo que me plugo y haya cumplido aquello a que la envié.»"*¹³

El desarrollo final de este vínculo entre la Palabra personal y su acción eficaz es precisamente el acto sacrificial redentor, donde Cristo habló más plenamente, e hizo lo que nadie podía hacer. El resultado, para Newman, de la ascensión por parte del Hijo de la naturaleza humana, fue que murió como un 'Sacrificio Expiatorio'. En el sermón de 1836, *El Hijo encarnado, Víctima y Sacrificio*, el título expresa ya la finalidad soteriológica de la encarnación.¹⁴ Por otra parte, Newman tenía la convicción, también patristica, de que la cruz no podía separarse de la resurrección, de que ambas integraban la acción redentora de Cristo, y tampoco podían separarse de la encarnación. La ascensión plenifica la 'economía' salvadora de la Encarnación. El envío del Espíritu la infunde en la Iglesia.

Esta Palabra salvadora, se dirige al hombre. Los otros dos principios lo ponen de manifiesto. Newman los enuncia así: *"El principio de la fe, que es correlativo al del dogma, al ser aceptación absoluta de la Palabra divina con un asentimiento interno..."*. Y luego: *"Es la intención de Nuestro Señor en la encarnación hacernos lo que El mismo es. Este es el principio de la gracia, que no sólo es santa, sino santificante"*.¹⁵ En cuanto a la fe, Newman se esforzó por hacerla compatible con la razón frente al racionalismo, y en vincularla necesariamente a su objeto, que es Cristo mismo, frente al sentimentalismo evangélico. Respecto a la gracia, consideraba la encarnación como principio de salvación y de divinización, ese admirable intercambio, como lo expresa San Cirilo: "El Hijo único se hizo hombre...a fin de que nuestra naturaleza fuese santificada". Y Orígenes: "El Señor transformará el cuerpo de nuestra caducidad a imagen del cuerpo de su gloria". Newman escribe: *"Parece que así como Adán es el autor de la muerte para toda la raza humana, así Cristo es el origen de la inmortalidad...Por eso San Pablo dice que 'el último Adán fue hecho' no simplemente alma, viviente, sino Espíritu vivificador, o dador de vida, por ser 'el Señor que viene del cielo'... para elevarnos tras de Sí, colmándonos incomprensiblemente de su naturaleza inmortal, hasta que nos hagamos semejante a El...¡Qué maravillosa obra de gracia!"*¹⁶

Para esta obra de gracia Cristo eligió apóstoles, testigos. Las palabras y acciones de Cristo entendidas por los apóstoles tienen valor de revelación (hasta el último apóstol vivo), son objeto de nuestra fe. Doctrina apostólica equivale a doctrina revelada, a depósito confiado a la Iglesia. Por ello, la fe es siempre fe eclesial. Fiel al realismo de la encarnación, el encuentro con Cristo se lleva a cabo por la audición del testimonio apostólico, transmitido por la Iglesia y consignado en la Escritura. Esta Iglesia apostólica y católica, tiene como misión anunciar precisamente la Palabra, anunciar a Cristo. Pero esto no se agota en la predicación sino que termina en la celebración de los sacramentos para comunicar la gracia. El Movimiento de Oxford apuntaba a recalcar esto.

II

He desarrollado brevemente el pensamiento de Newman sobre la Encarnación como la verdad central

del cristianismo y algunas implicaciones del principio sacramental, y de algunos de sus principios derivados. Hay un aspecto de la revelación cristiana que es particularmente iluminado por el principio sacramental: se trata de su relación con las religiones.

En primer lugar hay que afirmar que la relación entre la religión natural y revelada ocupó siempre el pensamiento de Newman y escribió mucho sobre el tema: *“Uno de los efectos más importantes de la religión natural para preparar el ánimo a la religión revelada es que crea una expectación de que se nos dará una revelación. El anhelante deseo de la revelación, que las mentes religiosas tienen, prepara el camino para que la esperen. Este presentimiento se funda en nuestro sentido, por una parte de la infinita bondad de Dios, y por otra de nuestra miseria y necesidad extremas; y estas dos doctrinas son los constitutivos primarios de la religión natural...”*¹⁷ *“El hecho mismo, repito, de la existencia de un Creador que se esconde, os conduce poderosamente y os sítúa en el vestíbulo de la Revelación, y os sostiene allí en espera de contemplar los signos ciertos de que ha tenido lugar.”*¹⁸

Estos textos afirman que la revelación sobrenatural viene a responder a las presunciones, aspiraciones y anticipaciones de la religión natural. Además, esta última es insuficiente, y la revelación sobrenatural se hace necesaria. *“La religión natural, a pesar de la certeza de sus fundamentos y doctrinas, puesto que se dirige a mentes inteligentes, necesita ser apoyada y completada por la Revelación para hablar con eficacia al género humano y conquistar el mundo...”*¹⁹

El principio sacramental no sólo ayuda a comprender la revelación sobrenatural, sino también, en su sentido más general, la manifestación de lo invisible en la creación, en la historia, y por ende, en las religiones, es decir, la revelación natural. El texto más claro es de la *Apología*: *“Me arrastró la amplia filosofía de Clemente y Orígenes... Estas doctrinas se basaban en el principio místico o sacramental, y hablaban de varias dispensaciones o economías del Eterno. Entendí que estos pasajes querían decir que el mundo exterior, físico e histórico, era sólo manifestación para nuestros sentidos de realidades más grandes que él mismo. La naturaleza era una parábola; la Escritura, una alegoría; la literatura, filosofía y mitología paganas habían sido mera preparación para el Evangelio.*

*Los poetas y sabios griegos habían sido, en cierto sentido, profetas, “pues a estos sublimes bardos les fueron dados pensamientos más allá de su pensamiento”. Hubo una dispensación directamente divina concedida a los judíos; pero hubo también, en cierto sentido, una dispensación en favor de los gentiles.”*²⁰

El principio sacramental le permite a Newman considerar, pues, varias “dispensaciones” o “economías” divinas. La creación visible, en primer lugar, es una primera revelación. Pero también las religiones antiguas y la misma filosofía, y aun la literatura pagana, fueron “praeparatio evangelica”. Se trata de una “dispensación a los gentiles”. Precisamente los Padres de la Iglesia que menciona, fueron quienes desarrollaron el tema de las “semina Verbi”, las semillas del Verbo. Frente al politeísmo del mundo griego, San Clemente afirmaba que con la encarnación el mundo se ha llenado de las semillas de salvación, pero existe también una siembra divina desde el comienzo de los tiempos, que ha hecho que partes diversas de verdad estén entre los griegos y entre los bárbaros, aunque junto a la verdad no haya faltado la cizaña. La filosofía ha tenido para los griegos una función semejante a la de la ley para los hebreos, ha sido una preparación para la plenitud de Cristo. Pero hay una diferencia clara entre la acción de Dios en estos filósofos y en el Antiguo Testamento. Sólo en Jesús se puede contemplar el Logos perfecto, la verdad entera; los fragmentos de verdad pertenecen al todo.²¹

Siguiendo estas enseñanzas de los Padres, que comenzó a leer sistemáticamente en 1826, escribe el famoso “Memorandum sobre la Revelación”, en una carta de 1831 a su hermano Charles: *“La Revelación es un don, como todos los dones, difundido con indefinida desigualdad sobre toda la tierra... el islamismo en sus diferentes formas, y el politeísmo además en sus innumerables variantes, contienen revelaciones de Dios. No digo que son revelaciones, sino que incorporan verdades reveladas con mayor o menor claridad y plenitud. Y este ha sido el caso desde el tiempo de Noé”*.²² Tres años más tarde, en la obra sobre los Arrianos, citando a San Clemente, desarrolla más aún el tema. *“Religión Revelada: es la doctrina enseñada en las dispensaciones mosaica y cristiana, contenida en la Sagrada Escritura, y que viene de Dios en un sentido en que ninguna otra doctrina se puede decir que venga de El...”*. Pero, *“nunca hubo un tiempo en*



el que Dios no haya hablado al hombre, y le haya dicho hasta cierto punto su obligación.... Pareciera ser, pues, que hay algo verdadero y divinamente revelado en cada religión sobre la tierra, sobrecargadas, como puede ser, y a veces aún sofocadas por las impiedades que la voluntad y la inteligencia corruptas del hombre les ha incorporado...Esta vaga e incierta familia de verdades religiosas, que vienen desde Dios,... como peregrinos por todo el mundo,... se puede llamar la Dispensación del paganismo, según el sabio Santo Padre ya citado".²³

Después de afirmar la existencia de estas porciones de verdad revelada, Newman no las equipara a la revelación del AT y al cristianismo, sino que distingue como los Padres, entre la acción "universal" del Espíritu en las culturas, pueblos y religiones, y la acción "peculiar" del Espíritu en el Antiguo y Nuevo Testamento. Explícitamente advierte sobre el peligro de no distinguir. *"El único peligro al que estaba expuesta la doctrina alejandrina, era el de confundir las dispensaciones de la Escritura con aquellas de la religión natural, como si fueran de igual autoridad, como si el Evangelio no tuviera motivo para reclamar la aceptación de la conciencia de todos los que lo escuchan, ni llegara a ser la piedra de toque de su condición moral; como si la Biblia, tanto como el sistema pagano, no fuera más que parcialmente verdadera,...Esta es la herejía de los Neológicos hoy, como fue la de los Eclécticos en los tiempos primitivos...(Clemente) mantiene la supremacía de la Religión Revelada,*

en el sentido de ser de hecho la fuente y la comprobación de todas las otras religiones...".²⁴

El Evangelio tiene motivo para reclamar la aceptación de las conciencias. No es objeto de discusión la posibilidad de salvación fuera del Evangelio de aquellos que viven según su conciencia, pero esto no significa que esta salvación se produzca con independencia de Cristo y de su Iglesia, ni que la conciencia excluya la necesidad de ser iluminada, no ya por el Legislador interior, sino por el Revelador encarnado y visible. El problema contemporáneo, dice Newman, es que *"cuando los hombres invocan los derechos de la conciencia no quieren decir para nada los derechos del Creador ni los deberes de la criatura para con El... La conciencia tiene derechos porque tiene deberes".²⁵*

Esta teología de la revelación lleva a Newman a formular sus ideas acerca de la conversión. Ésta nunca sería una aniquilación de lo anterior, sino una adición. Se trata de ganar lo que no se tenía, e implica un modo de misión que valora los elementos verdaderos existentes. Así lo expresa en el Tract 85: *"La verdadera religión es la cumbre y la perfección de las religiones falsas; reúne, en una religión única, todo lo bueno y verdadero que poseen las demás... hasta el punto que si un espíritu religioso, educado en cualquier forma de paganismo o de herejía, y sinceramente ligado a ella, fuera un día conducido a la luz de la verdad, abandonaría su error para creer en la ver-*

Provincia de
Shaanxi, China.
Celebración de la misa en
una casa privada, en una
aldea que no tiene iglesia.



dad, sin perder lo que poseía, pero adquiriendo lo que no poseía, sin ser "despojado" sino "revestido", exactamente como "el cuerpo será revestido por la inmortalidad"²⁶ "...lo que debe ser rechazado como absolutamente falso de esta enseñanza anterior, no lo será directa sino indirectamente por la recepción de la verdad que le es contraria. La verdadera conversión tiene un carácter positivo y no negativo. Este era el método que empleaba San Pablo en Atenas en las discusiones religiosas".²⁷ A la conversión podemos aplicar, pues, el principio del desarrollo, de modo que "se concibe muy bien que un hombre haga en sus ideas religiosas toda la peregrinación desde el paganismo al catolicismo, pasando por el islamismo, el judaísmo, el unitarismo, el protestantismo y el anglicanismo. En todos estos pasos no perdió ninguna de sus certezas, sino que al contrario fue acumulando continuamente verdades nuevas que requerían de él y obtenían en su mente certezas siempre nuevas".²⁸

Ahora bien, estas consideraciones pueden hacerse solo desde la fe católica, es decir desde plenitud de la verdad revelada. "San Agustín nos dice que no hay doctrina falsa que no tenga mezclado algo de verdad... La fe católica, contiene en sí misma y reclama como propia toda la verdad que se pueda encontrar en cualquier parte, y, más importante aún, sólo la verdad. Esta es la influencia secreta con que la Iglesia se atrae a sí conversos de tan variadas religiones opuestas entre sí. Vienen, no a perder lo que tienen, sino a ganar lo que no tienen, y a fin de que mediante

lo que tienen puedan recibir mucho más".²⁹ Con esto tiene que ver aquella nota del poder de asimilación, que tiene el cristianismo, y que Newman en su "Development" mostraba como característica permanente a lo largo de la historia de la Iglesia.

Hoy día, muchos piensan que debe sustituirse la pretensión de conversión por el diálogo interreligioso, como si fueran actitudes contradictorias, y además interpretan el diálogo de manera tal, que se debe eliminar toda pretensión de superioridad y de absolutez por parte de los cristianos. Parten de un relativismo básico, y consideran que todas las religiones tienen igual valor, para resolver lo que han separado dialécticamente. Dice el padre Bouyer que "Newman se caracteriza por su poder de reunir lo que fuera separado y opuesto artificialmente. Adopta posiciones que no son particulares sino católicas (en el sentido amplio de la palabra), y no por ser vagas, sino al contrario, por ser sintéticas". Aquí unía diálogo y misión, anuncio y aprecio. Precisamente, no es menosprecio el que la teología católica afirme que todo lo que en las otras religiones es verdadero viene de Cristo, y por eso, como dice Newman, *la Iglesia lo reclama como propio*. En realidad, como bien afirma el Documento ya citado, "este es el mejor modo que tiene el cristiano de expresar su aprecio por estas religiones".

La diferencia básica entre estas dos posturas está en la actitud que adoptan ante el problema teológico de la "verdad". El gran problema actual es, sin duda, el relativismo filosófico y teológico. La Iglesia valora lo verdadero de las religiones desde el trasfondo de

la verdad de la propia fe. Por tanto, no atribuye una misma validez a la pretensión de verdad de las otras religiones. Si hiciera esto, sería indiferente, es decir no tomaría en serio ni la verdad propia ni la ajena. El pluralismo religioso, cuando no es solamente un dato de la realidad sino que comienza a ser una postura teológica, o una meta, es contradictorio en sí mismo. "Cuando no queda nada por constatar más que la pluralidad indistinta, terminó el diálogo". La teología pluralista quiere conseguir la unidad quitando valor a las diferencias, o eliminándolas, reduciendo o suprimiendo la capacidad de verdad de las afirmaciones teológicas, como si fueran productos puramente culturales o mitológicos. En definitiva, reduce los contenidos de la fe.

Precisamente frente a esto Newman daba tanta importancia al principio dogmático. Si hay algo que sufrió y contra lo cual luchó toda su vida, fue el indiferentismo religioso, hijo del liberalismo. En el célebre discurso con motivo de la recepción del cardenalato lo expresó sin rodeos: "*Me alegra decir que desde el principio me he opuesto a un gran error...El liberalismo religioso es la doctrina de que no hay ninguna verdad positiva en religión, sino que un credo es tan bueno como otro, y ésta es la enseñanza que va ganando fuerza día a día. Es incompatible con cualquier reconocimiento de alguna religión como "verdadera". Enseña que todas deben ser toleradas y que son todas materia de opinión. La religión revelada no es una verdad, sino un sentimiento y un gusto...*".³⁰

El reconocimiento de lo que en estas religiones hay de verdadero y de santo, no se opone a la necesidad del anuncio de la verdad plena que es el mismo Cristo. La teología pluralista, en cambio, pide que el cristocentrismo teológico sea sustituido por un teocentrismo más aceptable. Afirma que hablar de la única mediación salvífica de Cristo es pretensión de superioridad. Pero, como bien dice el Documento citado, la verdad como verdad es siempre superior. Por ello mismo, no se opone, sino que precisamente supone un servicio al hombre. No hay un Logos que no sea Jesús. El es el Logos hecho carne, único mediador y plenitud de toda la revelación. Sólo en Jesús pueden los hombres salvarse, y por ello el cristianismo tiene una clara pretensión de universalidad. Otras posibilidades de "mediación" salvífica no pueden verse nunca desligadas del hombre Jesús, el mediador único. Hay que excluir la existencia de economías diver-

sas para los que creen en Jesús y los que no creen en El. No puede haber, por tanto, caminos para ir a Dios que no confluyan en el único camino que es Cristo.

En el *Development*, Newman define la mediación única de Cristo como un "principio" propio del cristianismo. Hay que suponer que da al término "principio" el mismo valor que en el caso del sacramental o del dogmático, por lo cual se comprende la importancia que reviste la expresión. Significa que no se puede quitar sin descalabrar todo el sistema cristiano. Es un principio permanente y característico. Así como al negar los otros se cayó en la herejía, es decir en corrupciones, negando este se caería precisamente en el pluralismo indiferentista, corrupción que calificó en el discurso del cardenalato como *la estrategia más sutil y última del Enemigo*. El texto dice: "*Entre el cristianismo y las religiones y filosofías por las que se ballaba rodeado, aun incluso con el judaísmo de su época, existía esta diferencia cardinal: que el cristianismo refería a una fuente toda verdad y revelación, al Dios supremo y único. Los ritos paganos que honraban ésta o aquella de entre las diez mil divinidades, las filosofías que raramente enseñaban fuente alguna de revelación como tal y las herejías gnósticas que se basaban en el dualismo, adoraban a los ángeles o atribuían a distintos autores los dos testamentos, no podían considerar a la verdad como una, inalterable, coherente, imperativa y salvadora. Pero el cristianismo comenzó con el principio de que sólo existía "un Dios y un Mediador"³¹, y que Aquel que "muchas veces y de muchos modos habló en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas, en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo".³²⁻³³*

Solo desde aquí es comprensible para Newman la misión de Iglesia: "*Sus Apóstoles, y sólo ellos, poseían, veneraban y protegían el mensaje divino a la par sagrado y santificador. Y, en el enfrentamiento y el conflicto de opiniones, en los tiempos antiguos o en los modernos, fue aquel mensaje, y no cualquier enseñanza vaga o contraria, el que iba a tener éxito en purificar, asimilar, transmutar e incorporar en sí mismo las coloridas creencias, formas de culto, códigos de deber, escuelas de pensamiento, en medio de los cuales estuvo siempre moviéndose. Este mensaje era gracia y era verdad*".³⁴ Porque es gracia y verdad, el anuncio de Cristo no puede omitirse. "*Cuando se exhiba a los hombres a la renovación de la vida, - nos dice - el verdadero Objeto que debe ser puesto por de-*

lante, como yo lo concibo, es Jesucristo, el mismo ayer, hoy, y para siempre". La verdadera predicación del Evangelio es referirse ampliamente, tanto como puedan sobrellevarlo, a la Persona, naturaleza, atributos, oficios y obras de Aquel que una vez los regeneró, y está ahora dispuesto a perdonar; es insistir en Sus palabras y hechos registrados sobre la tierra; es declarar con reverencia y adoración Su misteriosa grandeza como Hijo Unigénito, Uno con el Padre, distinto de El aunque no separado de El, eterno aunque nacido, Hijo pero siervo; y es combinar y contrastar Sus atributos y relaciones con nosotros en cuanto Dios y hombre, Mediador, Salvador, Santificador y Juez. La verdadera predicación del Evangelio es predicar a Cristo".³⁵

El Santo Padre nos pide en este fin de milenio una nueva evangelización, un renovado anuncio de Cristo Salvador. Newman nos estimula con su palabra. Así predicó por primera vez en Birmingham, precisamente ante auditorios de mixta religión:

"¿Es de admirar que comencemos a predicar a unos hombres por los que Cristo ha muerto y tratemos de convertirlos a El y a su Iglesia? ¿Hacen falta más razones? ¿Es necesario atribuir motivos humanos a una conducta tan lógica en quienes aceptan el anuncio y los requerimientos del Evangelio? Si estamos convencidos de que el Redentor ha derramado su Sangre por todos los hombres, es una consecuencia normal que nosotros, sus siervos, hermanos y sacerdotes, no queramos que esa Sangre se derrame inútilmente, se malgaste, por así decirlo, respecto a vosotros, y busquemos haceros partícipes de los beneficios que nosotros mismos hemos recibido. No es razonable que se nos llame vanidosos, inquietos, ávidos de influencia, resentidos, parciales o nombres parecidos, cuando a la vista está el motivo mucho más poderoso y decisivo que explica nuestro celo. ¿Existe mayor incentivo para predicar que la creencia firme de que se anuncia la verdad? ...Venimos porque creemos que sólo hay un camino de salvación señalado desde un principio, y que no vais por ese camino. Venimos como ministros de la gracia extraordinaria de Dios que necesitáis. Venimos porque hemos recibido un gran don divino, y deseamos que participéis de nuestra alegría, pues está escrito: «Gratis lo recibisteis, gratis dadlo».³⁶ y porque no nos atrevemos a esconder en un paño las misericordias de Dios, que se nos han concedido no sólo por nosotros, sino para el beneficio de los demás. Este celo, aunque pobre y débil en vuestras personas, ha sido la

vida de la Iglesia y el aliento de sus predicadores y misioneros en todas las épocas...Exige únicamente convicción, y ésta no nos falta, de que la religión católica ha sido dispensada por Dios para la salvación de los hombres, y que las demás religiones no son otra cosa que imitaciones. Exige simplemente fe, intención recta, corazón honrado y un mensaje claro. Venimos en nombre de Dios.... Os invitamos simplemente a considerar, primero, que tenéis almas que salvar, y, en segundo término, a juzgar por vosotros mismos si, de haber revelado Dios una religión para redimirnos, esa religión puede ser otra que la fe que os predicamos".³⁷

NOTAS

- 1 PPS, II,3.
- 2 ECH, I,203.
- 3 Dev, 33, 302.
- 4 Dev, 86, 303.
- 5 ECH, II, 190-2.
- 6 Dev, 303.
- 7 VM, 257.
- 8 ÓUS, 334.
- 9 Papers on Biblical Inspiration. 61-62 ; 1863.
- 10 GA, 119-121.
- 11 OUS, 332.
- 12 Idea, 276.
- 13 Is 55, 10-11.
- 14 PPS VI, 6.
- 15 Dev, 303.
- 16 PPS, II, 13.
- 17 GA, 422-423.
- 18 Mix, 13.
- 19 Diff, II, 254.
- 20 Apo, 26-27.
- 21 Prot, 16,4 ; X 98,4 ; Ped. I 96,1 ; Stromata I 37, 1-7 ; VI 67,2 ; 128, 1-3 ; VI 153-4 ; I 56-7.
- 22 LD II, 283.
- 23 Ari, 80-81.
- 24 Ar, 87.
- 25 Diff, II, 250.
- 26 I Cor 15,54.
- 27 Tract 85, vol V, 73 ; DA, III, 200-201.
- 28 GA, 251.
- 29 GA, 249.
- 30 Discurso en la recepción del Biglietto cardenalicio, en el Palacio Cardenal Howard en Roma, 1879.
- 31 1 Tim 2,5.
- 32 Heb 1.
- 33 Dev, 333.
- 34 Ídem.
- 35 Jfc, 325.
- 36 Mt 10,8.
- 37 Mix, I.

Cardenal Newman: contemplativo

Robert Hodge

Mount Saint Bernard Abbey, Inglaterra

SEGUNDA PARTE

Publicamos el final del artículo que comenzamos en el número anterior. Reiteramos nuestro agradecimiento al Abad de la Trapa de Azul, R.P. Ernesto Gowland, y al Abad de la Trapa de Leicester (Inglaterra), R.P. John Moakled, quienes tan gentilmente nos permitieron publicarlo.

Algunas características de la espiritualidad de Newman

Compunción

La espiritualidad cristiana siempre empieza con el arrepentimiento por el pecado y la conversión de la mente y el corazón a Dios y a su Verdad salvífica. Esta es la manera en que Nuestro Señor Jesucristo comenzó a proclamar la Buena Noticia de la salvación al Pueblo Elegido, como también hizo Juan el Bautista, su precursor inmediato, y los profetas del Antiguo Testamento.

El remordimiento de conciencia es el indispensable comienzo de salvación para un pecador; pero el remordimiento, si no es vitalizado por la confianza en la misericordia de Dios, degeneraría en la morbosidad y, eventualmente, en la desesperación. Tal remordimiento podría compararse a un pedazo de pasta necesitado de la levadura de la compunción para convertirse en una hogaza de pan liviano y digerible. Digo compunción en vez de decir contrición, pues la

contrición, aunque suficientemente genuina al ser producida por primera vez, podría dejar de profundizarse suficientemente en la mente y en el corazón como para llegar a ser una disposición perdurable en nuestra actitud para con Dios y nuestro prójimo. Es por medio de la meditación sobre la Pasión y Muerte de Jesús, junto con la real experiencia del pecado como un fracaso personal en el devolver a nuestro Salvador el amor que Él fue el primero en mostrarnos, que nuestros corazones son heridos con una profunda pena y nuestras mentes se deciden irrevocablemente a aborrecer el pecado y volver a Dios con amor confiado y a hacer su Voluntad. Según la opinión del abad Columba Marmion, es casi imposible que alguien que haya recibido el don de pesar por el pecado como disposición estable vuelva a caer en el pecado deliberado, he aquí su juicio bien pensado:

“Entre el espíritu de compunción y el pecado existe una irreductible incompatibilidad; el horror al



**El regreso del
Hijo Pródigo.
Rembrandt
(Museo
Ermitage, San
Petersburgo)**

mal y el amor de Dios son inamovibles en un alma que tiene compunción de corazón. Además, San Bernardo más de una vez utiliza el término compunción en vez de perfección” (14).

Hablando psicológicamente, lo que ha sucedido es que esta verdad vital de la Revelación cristiana ha hecho una profunda impresión en la imaginación y así ha llegado a formar parte de nosotros. El corazón ha sido herido, por así decirlo, hasta volver a recuperar la salud, pues en él Dios ha derramado el óleo y el vino de gratitud por la misericordia que ya ha mostrado, y de amor confiado, que nos dará el poder de alzarnos sobre nosotros mismos en fe y esperanza hacia la unión con Él.

Tales son las cualidades de la compunción; y la compunción, que antiguamente fue conocida como el don de lágrimas, es una gracia de Dios que sirve de baluarte contra la tentación, y es mencionada por San Benito en dos capítulos de la Regla como una cualidad necesaria de la oración genuina, u oración del corazón (15). Basada en la autorrepugnancia o el autodesprecio que surge inmediatamente del remordimiento, se transforma luego en algo que da la vida, primero por un sentido de gratitud por la misericordia de Dios ya recibida, después por el amor que aflora en confianza y, eventualmente, se eleva al nivel de la alegría. De este modo es una mezcla de varios ingredientes, y el hijo que nace de estos dos padres,

profundo pesar y amor confiado, no es ni la desesperanza ni la presunción, sino la virtud bien equilibrada y serena de la alegría cristiana, una alegría que corresponde perfectamente al doble requerimiento que exige San Pablo de sus convertidos; trabajar para asegurar su salvación con temor y temblor, y con todo, regocijarse siempre.

Cuando el abad Columba Marmion escribió su Comentario sobre el aspecto ascético de la regla de San Benito, publicado bajo el título *Cristo el ideal del monje*, fue esta la sustancia de la enseñanza que dio sobre la compunción del corazón. No mucho tiempo después de mi ingreso a la Comunidad de Mount Saint Bernard, uno de los monjes más antiguos me informó que la compunción era el primer gran paso en el camino hacia la unión con Dios, y fui dirigido hacia las observaciones sobre la misma del P. Faber en su libro *Crecimiento en santidad*, donde no deja ningún lugar a dudas sobre su necesidad para el que quiere acercarse más a Dios en conocimiento y amor. El P. Faber explica la perplejidad que sentía a menudo acerca de muchas personas espirituales quienes, según su experiencia, no habían logrado avanzar más allá de un cierto punto; o, ¿cómo podríamos expresarlo en nuestro lenguaje contemporáneo?, no habían abierto paso hacia Dios.

¿Qué era lo que les impedía avanzar?

Después de un largo período de incertidumbre y de mucha reflexión, se le ocurrió que estas personas no habían recibido el don divino de un pesar duradero por el pecado, conocido tradicional y correctamente como compunción; era esta la que hacía toda la diferencia, y su descripción elocuente es a la vez exacta e impresionante. Con todo, la mejor explicación teológica que conozco es la que ha sido dada por ese célebre maestro de retiros y director espiritual, Dom Columba Marmion; y puesto que esta fue la enseñanza de San Benito y en último término puede descubrirse a través de los Padres, en los Evangelios, es simplemente natural buscarla también en el cardenal Newman, no solamente en sus escritos sino también en su vida; y si hacemos este esfuerzo no quedaremos defraudados. Puesto que este elemento imprescindible en la conversión de la mente y el corazón es rara vez explicado y tratado por escritores espirituales más modernos —hay, es cierto, honorables excepciones— no siento ninguna necesidad de pedir disculpas por destacar esta verdad fundamental como una característica de la enseñanza espiritual del cardenal. En verdad, hay escritores de mediados del siglo XX que la tratan; sea el tema mismo, como lo hace Irénée

Hausherr S.J. y Hans Urs von Balthasar (16), o la tentación y el pecado como parte de la realidad de la oración que procede del corazón, como lo hace André Louf (17) en *“Enseñanos a orar”*; pero tales escritores, ya contados en los primeros años de la década de los años '20, como ha observado Dom Columba Marmion, son todavía pocos. La ventaja de citar a Newman a este respecto como también a Marmion es que lo que este último explica como teólogo impersonalmente, Newman lo ilustra con toques personales vívidos, que mueven al que escucha o lee a la acción práctica; y la bondadosa Providencia ha sido la causa de que se haya dejado constancia de cuál fue el efecto que la predicación de Newman solía tener en los que le escucharon, y que todavía tiene en los que le leen.

El arrepentimiento cristiano

Ahora, por fin, estamos listos para escuchar a Newman mientras explica a una congregación en la iglesia de Santa María la Virgen en Oxford el significado del arrepentimiento cristiano. El tema de este sermón fue la parábola del Hijo Pródigo y fue predicado el año 1831. Vale la pena acordarse del año porque fue antes de que tuviera una experiencia profunda que le sobrevino en su segundo viaje a través de Sicilia en 1833. Después que haya sido relatada esta experiencia aparecerá cuán profundo fue el efecto que tuvo en su vida espiritual y, más específicamente, en su comprensión de la compunción y el arrepentimiento.

“Esta parábola, dice Newman, describe el estado de todos los cristianos en todo momento y se cumple más o menos, según las circunstancias, en este caso o aquél; se cumple de una manera y medida al principio de nuestro curso cristiano, y de otra al final. Entonces lo consideraré ahora en cuanto describe la *naturaleza* de todo arrepentimiento verdadero”.

Un pecador penitente tiene que enfrentar una gran medida de lo que podía describirse como trabajo penoso veterotestamentario antes de poder llegar al tipo más noble de arrepentimiento que se nos presenta tan vívidamente en esta parábola. Según el salmista, “los sacrificios de Dios son un espíritu quebrantado; un corazón quebrantado y contrito, oh Dios, tú no lo despreciarás”. Tal fue la manera del Antiguo Testamento de aplacar a Dios, una manera que Dios mismo aprobó.

“Pero ahora —continúa Newman— refiriéndose a la parábola del Hijo Pródigo, no encontramos nada de

este tipo en la parábola. Hay que observar bien este hecho. La verdad es que nuestro Salvador nos ha mostrado en todo una manera más perfecta de la que jamás fue mostrada al hombre. Así como El nos promete una santidad más elevada, un dominio de sí más exacto, una autorrenuncia más generosa, y un conocimiento más pleno de la verdad, así también nos da un arrepentimiento más verdadero y noble. El arrepentimiento más noble (si es posible que un ser caído pueda ser noble en su caída), la conducta más decorosa para un pecador consciente, es una *entrega incondicional* de sí mismo a Dios —no un regateo en cuanto a los términos, no un discurrir (por así decirlo) para ser recibido nuevamente, sino una *entrega espontánea* de sí mismo en primera instancia sin saber lo que va a pasar, si Dios le perdonará o no, simplemente con tanta esperanza en su corazón como para no desesperar del todo del perdón. Con todo, no mirando meramente al *perdón* como a un *fin*, sino más bien mirando las exigencias del Bienhechor a quien ha ofendido, y afligido de vergüenza y del sentido de su ingratitud, tiene que **entregarse a sí mismo** a su legítimo Soberano... Tal es el camino perfecto que la naturaleza evade, pero que nuestro Señor ordena en la parábola, una entrega”.

Ahora bien, este tipo de arrepentimiento, “el tipo más verdadero”, como Newman lo describe, “no se consigue enseguida, como tampoco se consigue enseguida la perfecta conformidad con cualquier otra parte de la ley de Dios. El cristiano moribundo cumplirá el rol del hijo pródigo que vuelve, más exactamente que como nunca lo hizo en años anteriores... Cuando examina su vida al final de la misma, ¿en qué puede poner su esperanza? ¿Qué acto de su vida resistirá el escrutinio del Dios Santo? Por supuesto ninguna parte de la misma, y esto es obvio sin decir palabra. Pero además de esto, ¿qué parte de su vida aún le proporciona una evidencia suficiente a sí mismo de su propia sinceridad y fidelidad? Este es el punto en el cual insisto. ¿Cómo sabrá que está todavía en un estado de gracia después de todos sus pecados? Sin duda puede albergar una esperanza humilde de ser aceptado. San Pablo habla del testimonio de su conciencia que le consuela; pero su conciencia le habla también de un sinnúmero de pecados actuales, y un sinnúmero de omisiones de deberes; y con la terrible perspectiva de la eternidad delante de él, y en la debilidad de la salud que va cediendo, ¿cómo volverá en sí para aparecer ante Dios? Así se encuentra en definitiva en la misma condición del pródigo que vuelve, y no puede considerarse en un mejor estado



John Henry Newman, por Sir William Ross, 1845

que el del pródigo, aunque ha servido a Dios por tanto tiempo. Sólo puede **entregarse** a Dios en definitiva como un servidor peor que inútil, resignado a la voluntad de Dios sea lo que fuere, con más o menos esperanza del perdón, según sea el caso, sin dudar de que Cristo es el único Autor meritorio de toda gracia, reposando sencillamente en Él quien, «si quiere, puede limpiarle», pero no sin temores acerca de sí mismo, porque no es capaz, y lo sabe muy bien, de leer su propio corazón de esa manera clara e infalible con la cual Dios lo lee” (18).

El realismo de este pasaje está fuera de duda, como también su veracidad. Todos nuestros teólogos dicen, y la Iglesia enseña, que nunca podemos estar absolutamente seguros de que estamos en estado de gracia. Y puesto que el pecado es la única cosa que podría ser la causa de duda al respecto, ¿qué es esto sino una manera abstracta de afirmar que en esta vida nunca podemos estar absolutamente seguros de que nuestros pecados son perdonados? Por lo tanto, en nuestra búsqueda de seguridad última, nos encon-

tramos obligados a refugiarnos en Cristo como nuestro único Redentor, "el único Autor meritorio de toda gracia", reposando sencillamente en Él; y si le hemos hecho una entrega total de nosotros mismos, de hecho estamos poniendo nuestra única confianza en Él. Este tipo de arrepentimiento radical implica en el penitente, un habitual, un permanente, pesar por el pecado; y es esto lo que se entiende por compunción. Es una verdad trillada decir que ningún sacramento, sea el Bautismo, la Penitencia o la Unción de los Enfermos, puede borrar el pecado sin un genuino arrepentimiento o pesar en el receptor; y este mismo pesar es el don propio de Dios. Por consiguiente, al fin y al cabo, habiendo hecho lo mejor que pudimos para cooperar, en Él solo, en su misericordia y bondad, no en nada que podamos hacer, podemos estar seguros de que todos nuestros pecados son perdonados. Todo depende de la relación personal que tengamos con Cristo.

Tal fue la enseñanza de Newman acerca del arrepentimiento y el pesar por el pecado en 1831. Para el verano de 1833 se desarrolló más al ser aceptada más completamente; y llegó a ser más profunda, como pronto mostraré.

¿Qué pasó en el interín?

Viaje a Sicilia

Comenzaré con una profunda experiencia que vivió Newman cuando se juntó con Hurrell Froude y su padre, el archidiácono, para un viaje festivo al Mediterráneo. Se embarcaron en el "Hermes" en Falmouth a inicios de diciembre de 1832. Afortunadamente era un buque de vapor, y a pesar de algún tiempo recio atracaron en Malta para la Nochebuena. Los detalles de la travesía son fascinantes y pueden leerse en el primer volumen de la vida de Newman de Meriol Trevor, "La columna de la nube". Estos detalles son significativos para su crecimiento espiritual, especialmente hacia el fin de su estadía en Roma después de Pascua de 1833, cuando los Froudes decidieron no volver a Sicilia, como era el plan original, sino viajar de vuelta a Inglaterra por tierra.

Ahora bien, Newman, por su parte, tenía ganas de ver más de Sicilia mientras tuviera la oportunidad; en esos días no sabía si se le presentaría otro momento. Como dice Meriol Trevor, "su anterior ojeada a sus bellezas salvajes no había hecho sino aguzarle el apetito para más". En su visita anterior a Palermo, hacía ya solamente dos semanas, él y los Froudes ha-

bían viajado 43 millas en carruaje y después ocho o nueve millas de acá para allá sobre mulos para ver las ruinas de la antigua ciudad de Egesta (Segesta) en su ladera pelada, y su templo sin techo situado en la cima de una colina circular. Estos fueron los restos clásicos que hacían revivir el pasado en un presente que hablaba tan elocuentemente de la deplorable miseria humana. Para citar otra vez a la señorita Trevor: "Toda Sicilia era para él una visión del mundo pagano, el mundo sin Cristo, el mundo natural tan lleno de belleza, tan repleto de fantasmas de muerte". Y además de esto, "había la miseria humana en su forma más escuálida y sin esperanza".

Por eso, ¿no es de extrañar el hecho de que quisiera volver a Sicilia! Se daba cuenta de un impulso poderoso que estaba resuelto a llevar a la práctica, con o sin la compañía de otros. Los Froudes tenían razones sólidas y prácticas para no acompañarle. Hurrell no había perdido su tos tuberculosa, y era probable, como Newman escribió en una carta que envió a su casa, que las incomodidades del viaje y la lluvia y las tormentas que habían encontrado le hubieran hecho algún mal. Naturalmente ellos hubieran querido que Newman regresara con ellos; y como él mismo había experimentado las mismas incomodidades que ellos al viajar por Sicilia, donde hay muchos insectos y bandidos, para no mencionar la comida insólita, no era irrazonable que ellos consideraran su expedición como "demasiado aventurada". A pesar de todo le dieron plena libertad y no lo desaconsejaron activamente.

¿Brotó esta decisión de la voluntad propia? Es esto lo que Newman temía mientras estaba acostado en su lecho de enfermedad en Leonforte, en Sicilia. "Mientras estaba acostado en mi lecho, el primer día me invadieron muchos pensamientos", escribió en sus apuntes privados acerca de *Mi enfermedad en Sicilia*. "Sentía que Dios combatía contra mí —y sentía que finalmente yo sabía el porqué— era debido a la voluntad propia. Sentí que había estado muy apegado a mi voluntad —que los Froudes se habían opuesto a mi venida acá, como también (en Nápoles) los Wilberforces —quizás los Neates y los Andersons—. Me dije a mí mismo: ¿por qué nadie se expresó abiertamente, ni dijo ninguna palabra? ¿Por qué se me dejaba ahora para poder interpretar lo que querían decir? Después traté de imaginar dónde se encontraban los Froudes y cuán contento yo hubiera estado con ellos, —en Francia o quizá en Inglaterra. Con todo, sentía y continuamente me decía a mí mismo: «No he pecado contra la luz». Y por un tiempo tuve un pensamiento

muy consolador y abrumador del amor de elección de Dios, y me parecía sentirme de Él".

El próximo día, 4 de mayo, fue terrible. Tenía temperatura alta pero no se daba cuenta. Sin embargo, Gennaro, su fiel guía y servidor, sí se dio cuenta, y Newman apreciaba profundamente su cuidado e interés. Fue en este día que sus sentimientos de auto-censura aumentaron: "Me parecía ver cada vez más mi total vacuidad", escribió. "Me puse a pensar acerca de todos los principios que profesaba y sentía que eran deducciones de una o dos verdades admitidas".

"Pensamientos aún más serios me sobrevinieron. Pensé que había seguido mucho a mi propia voluntad acerca del asunto Tutoría. (Esto era una referencia a su desacuerdo serio con Hawkins, el director del Colegio de Oriel, sobre la naturaleza y el alcance de la responsabilidad de un Tutor de colegio para con sus alumnos. Esto fue una cuestión de principio y el director del colegio le había prohibido recibir más alumnos). Y ahora veía que toda mi conducta era presuntuosa... Luego me culpé agriamente a mí mismo, por ser irrespetuoso e insultante para con el director del colegio, mi superior. Esto lo sentí tan agudamente, que me dicté a mí mismo (por así decirlo) una carta... afirmando mi autocensura en términos fuertes; y que no iba a predicar en Santa María o en ninguna otra parte por un tiempo como penitente indigno de mostrarse. Recordaba también que mi último acto al dejar Oxford fue el predicar un sermón universitario sobre el carácter de Saúl, contra la propia voluntad". Newman también sentía que había blasfemado contra el Sacramento, frecuentándolo con resentimiento en su corazón contra el director del colegio, y que su enfermedad era un castigo. "A pesar de todo me dije a mí mismo: «No he pecado contra la luz»".

Meriol Trevor ha resumido todo esto de la siguiente manera: "Se veía a sí mismo como de corazón falso, lleno de ciencia teórica no realizada en la acción, como teniendo voluntad propia hasta el punto de ser presuntuoso, llevando su resentimiento hasta a la sagrada comunión con Cristo; pero se aferró al conocimiento de que no había discernido lo que había estado haciendo, su intención había sido la de servir a Dios, había actuado ciegamente, no prefiriendo las tinieblas a la luz pero cayendo en ellas sin darse cuenta".

Esto parece ser un resumen muy imparcial. Hacía un esfuerzo sincero para enfrentarse con la realidad de lo que Dios le pedía en las circunstancias bajo las cuales había decidido abandonar a los Froudes y los

Wilberforces contra sus deseos para retomar su viaje a Sicilia. ¿Había obrado rectamente, o había sido culpable de voluntad propia? Según su conciencia delicada y sensible había sido una manifestación de voluntad propia; y el refrán que volvía a repetirse: "No he pecado contra la luz", sugiere que este proceso de autoexamen fue más allá de la mera meditación hasta la conversación amorosa con Dios. Sentía, dijo, que Dios luchaba contra él —y sentía que al fin sabía el porqué; y apoderado de este sentimiento fuerte se enfrentó con el desafío de Dios en cuanto a lo que debía hacer. Estaba listo para pedir perdón al director del colegio por su actitud en el asunto de la Tutoría del colegio, y sentía que no era una persona apta para predicar el Evangelio por un período de tiempo. Tenía que comportarse como un verdadero penitente.

Tenemos aquí un ejemplo concreto de Newman viviendo su propia enseñanza sobre el arrepentimiento y la verdadera conversión, sobre la compunción del corazón y los actos prácticos de autorrenuncia que deben ser el resultado. Por el hecho de vivirlo, lo experimentó, y así fue capaz de adquirir una verdadera aprehensión meramente nocional o teórica. Habiéndolo entendido con la totalidad de su ser, con el corazón así como con la cabeza, podía también darle el asentimiento de todo su ser, una verdad psicológica que eventualmente alcanzaría la plenitud de valoración y expresión en su "Ensayo como Ayuda para una Gramática de Asentimiento". Por haber (inconscientemente) seguido la dirección de su voluntad propia (y en este proceso pudo haber estado influenciado por factores metidos en sus profundidades inconscientes) y por haber tomado una decisión que luego consideró estar equivocada o ser imprudente, adquirió una experiencia inapreciable de la cual aprendió mucho. Newman creía firmemente que aun nuestras equivocaciones y nuestros pecados son todos tapados por la particular Providencia de Dios como nos está revelado en el Evangelio y, más específicamente, a través de la Encarnación del Hijo de Dios (20). Todo lo que Dios permite que nos suceda, servía, sentía él, para acercarnos más a El en conocimiento y amor, con tal que nos enfrentemos con el desafío que esto nos presenta y tomemos las decisiones que nos parecen exigidas por la situación, todo esto formando parte del propósito de Dios al crearnos.

Fue así que Newman dio un paso grande hacia una unión más estrecha con Dios. Cuando se restableció, tomó un buque hasta Marsella y viajó a través de Francia de vuelta a Inglaterra y Oxford, donde muy pronto John Keble predicó su famoso Sermón

Assize y así dio comienzo al Movimiento de Oxford. Esto sucedió en el verano de 1833. Newman, purificado ahora aún más en mente y corazón, estaba más convencido que nunca de que Dios le tenía preparada una obra; pero ahora, no él, sino Dios, tenía que tomar la delantera. Esto fue para él un adelanto tremendo hacia una unión más estrecha con Dios; y en junio de ese año, en el viaje desde Sicilia a Marsella, celebró esta reciente conversión en versos que pronto llegarían a ser famosos como un himno muy amado entre todos los cristianos y aun los no cristianos. Mahatma Ghandi lo admiraba. Este poema era, y todavía es, generalmente conocido por el primer renglón como "¡Amable luz, sé tú mi guía!", aunque su verdadero pero apenas conocido título era "La columna de nube" (21):

"Guarda mis pies; no pido abarcar con mis ojos el paisaje distante; me basta un solo paso"

Ahora hay una total confianza en la mano de Dios, que guía. Prosigue reconociendo pecados de voluntad propia en el pasado:

"No he sido yo siempre así, ni siempre te he rogado fueses mi guía;

quise elegir mis sendas y verlas, pero hoy clamo ¡sé tú, sé tú mi guía!

Yo amaba el sol rajante; desafiando peligros me dominó el orgullo; ¡no mires lo que he sido!

Tu poder tanto tiempo me bendijo, sin duda seguirá siendo mi guía..."

Aquí hay una total entrega al cuidado providencial de Dios.

Ya es claro que la vida espiritual de Newman tenía una orientación contemplativa. Siempre trataba de enfrentarse con la realidad de lo que Dios le pedía en cualquier situación y esto se reflejaba en su vida de oración. Más bien, ésta era su vida de oración. Ella puede ser resumida con las palabras del P. Leonard Boase S.J. quien escribió en su libro "La oración de la fe" (22): "La oración en el sentido amplio, (y podría añadirse, en el sentido contemplativo) es la total realidad de nuestro humano vivir, en cuanto que este está orientado hacia Dios y se encamina a El". A pesar de eso, si Newman fue realmente un contemplativo, esperaríamos poder encontrar que su vida espiritual o de oración, bien fundada como evidentemente lo fue en la compunción, haya aflorado en un darse cuenta conscientemente de la habitación de Dios dentro de él y de la humilde paz y alegría que naturalmente la acompañaría. Que estos dos signos



de la vida de oración cristiana y contemplativa fueron también una característica de la vida espiritual de Newman, trataré ahora de mostrarlo lo mejor posible.

La Gracia Increada: la Inhabitación de las tres Personas de la Santísima Trinidad

A los quince años de edad, Newman, por primera vez, sintió la experiencia de una total conversión a Dios. Fue en esta ocasión, como escribió en su *Apología*, que "un gran cambio de pensamiento tomó lugar dentro de mí. Caí bajo el influjo de un Credo definido, y recibí en mi intelecto impresiones del dogma que, por la misericordia de Dios, nunca han sido borradas ni oscurecidas" (23). La historia de los medios humanos de este comienzo de fe divina ha sido hábilmente narrada por C.S. Dessain en *La Revista del Clero* (24), 1962, y no hay necesidad de repetirla aquí. Lo importante es notar que esta primera conversión implicó más que un cambio de sentimiento; hubo también un cambio de pensamiento. La Revelación cristiana ya había hecho un profundo impacto sobre él. En una de las meditaciones sobre la doctrina cristiana publicada después de su muerte, Newman se dirige al Espíritu Santo: "Cuán misericordioso has sido conmigo. Cuando era joven pusiste en mi corazón una especial devoción hacia Ti. Me has abra-

zado en mi juventud, y en mi ancianidad no me abandonarás" (25). Según el P. Dessain, la comprensión de Newman de la doctrina de la inhabitación en el alma del Espíritu Santo, y a través de El, del Padre y del Hijo, fue el fundamento de su vida religiosa desde su juventud. Estas verdades fueron la inspiración y el sostén de Newman a lo largo de toda su larga carrera, hasta que pasó desde las sombras e imágenes *in veritatem*.

Algunas oraciones que Newman compuso para su uso privado después de esta primera conversión muestran el influjo que sobre él ejerció esta gran verdad cristiana que había aprendido del Nuevo Testamento, con la ayuda del Reverendo Walter Mayers, un joven maestro de la escuela de Earling, del autor Thomas Scott, y del Obispo Beveridge. He aquí unos ejemplos:

En abril de 1817 compuso una oración para la mañana: "Señor del cielo y de la tierra, ayúdame por amor a tu querido Hijo a ofrecerte mi sacrificio matutino de alabanza, a rezar por la venida de tu Espíritu Santo, Señor y Dador de vida... Quien puede manifestar dignamente las innumerables misericordias de Dios, hasta que Él se dignó convertirme del error de mis caminos... darme su Santo Espíritu y hacer que me postrara delante de Él".

En octubre de 1817 residió propiamente en Oxford por primera vez, y allí encontramos una oración a Dios Todopoderoso: "Que me des tu Santo Espíritu. A El que limpia los pensamientos de nuestros corazones, que hace de nuestros cuerpos templos de Dios, el Bendito, Santo y Eterno Espíritu, a Él sea la adoración para siempre".

En 1821 Newman escribe: "Mi cabeza está llena de Dios durante el día, y particularmente de la salvación de los demás, y puedo ofrecer oraciones cordiales durante mi paseo solitario", aunque se queja, a la hora fijada para la oración, a la mañana y a la tarde, "me sobreviene una penosa indiferencia".

El 21 de febrero de 1822, cuando llegó a la mayoría de edad e iba a tratar de conseguir la beca de Oriel, reza: "Tú conoces mi corazón -estoy en Tu Presencia. Tú ves cuán aficionadamente, y temo idolatradamente, mis sentimientos están fijos en el deseo de tener éxito en Oriel. Quítame toda esperanza, no dejes de hacerlo ni por un instante, ¡oh, mi Dios!, si tales medios me conseguirán Tu Espíritu" (28).

Estas indicaciones bastan para mostrar cómo Newman ya vivía la doctrina de la inhabitación de la Santísima Trinidad desde la época de su juventud en la escuela.

La Inhabitación de la Santísima Trinidad: la enseñanza más madura de Newman

Con el comienzo del Movimiento de Oxford en los primeros años de la década de los '30 del siglo XIX, la convicción que Newman tuvo desde que tenía quince años acerca de la inhabitación de la Santísima Trinidad, precisaba recibir una expresión más madura y abierta que la que había sido posible durante la década anterior. Hay por cierto algunos casos en los que compartió su creencia con otros durante esos años más tempranos de su ministerio anglicano, pero parcamente, como era de esperar en una persona tan joven quien, sin ninguna razón especial para hablar de ella, se dirigía a un auditorio que quizá no estaba preparado para recibirla.

Pero ahora, después de 1833, con el redescubrimiento de la plenitud de la Revelación cristiana, era necesario dar a sus seguidores una sólida base teológica para su vida espiritual; y no pudo haber hecho algo mejor que acudir a la parte más preciosa de la enseñanza de nuestro Señor, dada en el momento más solemne de su vida, como fue registrado por San Juan y predicado por San Pablo (31). Esta enseñanza de la Sagrada Escritura, reforzada ahora por un estudio profundo de los Padres, y de Petavio, es dada en su forma más profunda y más magnífica en los *Sermones parroquiales y corrientes*.

El primer punto al cual se debe prestar atención es su *estilo personal y concreto*. "Cor ad cor loquitur", el lema que eligió al ser elevado al cardenato, resumía toda su inclinación y carácter. La doctrina de la gracia creada, tal como fue enseñada por el Concilio de Trento como respuesta a la enseñanza de Lutero sobre la Justificación era, por supuesto, la verdad, y él la aceptó; sin embargo, como C.S. Dessain ha dicho, "nunca hubiera podido estar satisfecho con considerar la gracia meramente como una cualidad en el alma, o una fuerza confortadora o un agua refrescante". Eso era demasiado impersonal. Solo la Fuente de toda gracia, el Señor mismo, podía satisfacer, es decir, la Gracia Increada. "El filósofo aspira a un principio divino", dice Newman en el segundo Sermón universitario, "*El cristiano hacia un Agente Divino*"; y aun el principio de bien, cuando es implantado y realizado progresivamente en nuestros corazones, es todavía revelado continuamente a nosotros como una Persona, como para señalar fuertemente que no es nuestro, y que no debe conducirnos a una absurda autoadoración. Por ejemplo, leemos que Cristo se forma en nosotros -habita en el corazón- que el Espíritu Santo

nos hace su templo; particularmente llamativa es la promesa del Salvador mismo: "El que me ama, será fiel a mis palabras; y mi Padre lo amará, e iremos a él, y habitaremos en él" (32).

¿Qué, exactamente, es lo que Newman entiende por el Espíritu que inhabita? En el Sermón para Pentecostés en el segundo volumen de los Sermones Parroquiales y corrientes explica y agrega: "El don celestial del Espíritu fija los ojos de nuestra mente en el Autor divino de nuestra salvación... El Espíritu de adopción clama *Abba, Padre*, dentro del corazón del cristiano... Y si tiene a veces, por ejemplo, en las pruebas o en la aflicción, visitas especiales y consuelos del Espíritu, «gemidos inefables» y destellos pasajeros de la elección eterna de Dios, y movimientos profundos de admiración y gratitud que de allí siguen, piensa demasiado reverentemente del "secreto del Señor" como para traicionar (por así decirlo) Su confidencia, y, al ostentarlo al mundo, exagerarlo tal vez en algo más de lo que quería significar: pero se queda en silencio, y lo considera como aliento selecto para su alma, queriendo decir algo, pero no sabiendo cuánto" (33). ¿Cómo nos recuerda esto una de las *Revelaciones del Divino Amor* de Juliana de Norwich, donde ella habla de rayos y toques! No sé si sus escritos podían ser conseguidos en la época de Newman y pienso que hay poca probabilidad de que hayan ejercido algún influjo sobre él, aun inconscientemente.

En el tercer volumen hay un sermón sobre "El Don del Espíritu", que concluye de la siguiente manera: "En cuanto a nosotros, a medida que comprendemos esa perspectiva más alta sobre el particular, la cual podemos confiar humildemente de que sea la verdadera, tengamos el cuidado de actuar de acuerdo a ella. Adoremos la Presencia Sagrada dentro de nosotros con todo temor y «regocijémonos con temblor». Ofrecámosle nuestros mejores dones a Él que, en vez de aborrecernos, ha venido a habitar en estos nuestros corazones pecaminosos... En esto, entonces, consiste todo nuestro deber, primero en contemplar a Dios Todopoderoso, como en el Cielo, así también en nuestros corazones y almas; y después, mientras le contemplamos, en actuar hacia Él y para Él en las obras de cada día" (34).

Y en 1834, en un esfuerzo para describir este Don y hacernos capaces de darnos cuenta de él, Newman escribió: "El Espíritu Santo, he dicho, habita en cuerpo y alma, como en un templo. Los espíritus malignos, por cierto, tienen el poder de poseer a los pecadores, pero Su inhabitación es mucho más perfecta; pues Él es omnisciente y omnipresente. Él es

capaz de escudriñar todos nuestros pensamientos, y penetrar en todos los móviles del corazón. Por consiguiente Él nos penetra (si así puede decirse) como la luz llena un edificio, o como un dulce perfume llena los pliegues de algún manto honorable; de tal manera que, en el lenguaje de la Escritura, se dice que estamos en Él, y Él en nosotros. Es evidente que tal inhabitación lleva al cristiano a un estado totalmente nuevo y maravilloso mucho más alto que la posesión de meros dones..." (35).

En el nuevo nacimiento del Bautismo el cristiano entra en el Reino de Cristo:

"Por este nuevo nacimiento la Divina Shekinah es establecida dentro de él, penetrando alma y cuerpo, separándolo verdaderamente, no solamente por el nombre, de aquellos que no son cristianos, elevándolo en la escala del ser, llevando a la vida todo lo que queda en él de una naturaleza más alta..." (36).

También en el quinto volumen, con realismo enérgico y medulosa practicidad, Newman escribió:

"Si Cristo es nuestra única esperanza, y Cristo nos es dado por el Espíritu, y el Espíritu es una presencia, nuestra única esperanza está en un **cambio interior**. Así como la luz colocada en un cuarto difunde sus rayos por todos lados, así también la presencia del Espíritu Santo nos imbuye con vida, fuerza, santidad, amor, aceptabilidad, probidad. Dios nos mira con misericordia, porque ve en nosotros 'la mente del Espíritu'... Ese divino influjo, que goza de la plenitud de la gracia de Cristo para purificarnos, tiene también el poder de la sangre de Cristo para justificar. No perdamos nunca de vista esta grande y sencilla perspectiva... Cristo mismo se digna repetir en cada uno de nosotros, en figura y misterio, todo lo que hizo y sufrió en la carne. Es formado en nosotros, nace en nosotros, sufre en nosotros, resucita nuevamente en nosotros, vive en nosotros y esta presencia divina constituye para cada uno de nosotros el derecho al cielo..." (37).

A Newman le gusta recordarnos que somos templos de Dios: "Estamos asegurados de alguna verdadera aunque mística confraternidad con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, con el siguiente fin: para que tanto por una presencia real en el alma, como por los frutos de la gracia, Dios sea una sola cosa con cada creyente, como en un templo consagrado" (38).

"No nos pertenecemos; somos comprados con la sangre de Cristo; somos consagrados para ser templos del Espíritu Santo, un privilegio inefable, que tiene suficiente peso como para hundirnos con vergüenza por nuestra indignidad, si no fuera por el hecho de

que al mismo tiempo nos fortalece con la ayuda que nos comunica, para poder soportar su extrema calidad de costoso. Que vivamos de una manera digna de nuestro llamado..." (39).

El privilegio es grande y exigente pero "Cristo va delante de nosotros con su misericordia, nos reengendra, y después nos manda obedecer. Cristo no nos manda hacer lo que no podemos hacer... El nos da el don de su Espíritu, y después dice: '¿Qué es lo que el Señor exige de ti sino obrar rectamente, y amar la misericordia, y caminar humildemente con tu Dios?'. ¿Y esto es gravoso?" (40).

En un sermón famoso titulado "Estremecerse ante la perspectiva de la venida de Cristo", Newman dice: "Si de veras hemos vivido habitualmente en el mundo, entonces en verdad es natural que tratemos de huir de Él a quien hemos traspasado... Pero si hemos vivido, por muy imperfectamente, sin embargo habitualmente, en Su temor, si confiamos en que su Espíritu está en nosotros, entonces no tendremos que avergonzarnos ante Él. Compareceremos delante de Él de la misma manera que vamos ahora a rezar -con profundo abatimiento, con temor reverente, con autorrenuncia, con todo como contando con el Espíritu que Él nos ha dado..."

Y además, cuando Cristo venga para juzgar al mundo, "Dios Hijo estará afuera, pero Dios Espíritu estará dentro-, y cuando el Hijo pregunte, el Espíritu contestará. Ese Espíritu nos es otorgado aquí abajo; y si nos rendimos a sus graciosos influjos... seguramente estará todavía en nosotros y nos dará confianza en el Día del Juicio" (41).

Después de todo esto, no nos sorprende encontrar en el quinto volumen un sermón en el cual Newman escribió: "Un verdadero cristiano, entonces, casi puede ser definido como uno que tiene un sentido imperante de la presencia de Dios dentro suyo. Así como solamente las personas justificadas tienen ese privilegio, así también solo los justificados tienen esa percepción práctica de la misma... En todas las circunstancias, de alegría o tristeza, esperanza o temor, tratemos de tenerlo a Él en lo más íntimo de nuestro corazón; que no tengamos secreto aparte de Él. Reconozcámonosle como entronado dentro de nosotros en las mismísimas fuentes del pensamiento y del afecto. Sometámonos a su guía y soberana dirección; acudamos a Él para que nos perdone, nos purifique, nos cambien, nos guíe y nos salve. Esta es la verdadera vida de santos. Esto es tener al Espíritu atestiguando con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios" (42).

De manera parecida se expresa en el sermón "*La presencia espiritual de Cristo en la Iglesia*":

"Los cristianos, mirando hacia atrás a los años pasados, sentirán, al menos en cierto grado, que Cristo ha estado con ellos, aunque no lo sabían, solamente lo creían en aquel momento. Aún se acordarán cómo ardían sus corazones.... Experimentarán una especie de fragancia celestial y sabor de inmortalidad, cuando menos lo esperen, invadiendo sus mentes, como si fuera una prenda de que Dios ha estado con ellos". (43)

Este pasaje me hace recordar algo que escribí San Bernardo de Claraval en uno de sus *Sermones sobre el Cantar de los Cantares* (44), donde habla de una persona que se siente consciente de haber sido visitada por el Verbo, aunque sin haberse dado cuenta de la visita cuando ocurrió. "En estos pasajes, como ha observado el P. Dessain, vemos a Newman describiendo el conocimiento experimental de Dios" (45). Es verdad pero, por supuesto, hay que pagar un precio para que el amor de Cristo pueda agarrarnos, tomar posesión de nosotros y transformarnos.

¿Cuál es el precio?

La compunción, y la autoentrega que debe acompañarla si es genuina, es la esencia de la respuesta de Newman, y esto ya ha sido mencionado. Pero dado que estas disposiciones son elementos permanentes de la vida espiritual, viene al caso, y de versas es necesario, hacer referencia a ellas otra vez ahora, antes de proseguir para considerar el gozo y la serenidad que uno podría esperar encontrar en aquellos a quienes Dios se ha dignado conceder una percepción o conocimiento experiencial de su Presencia. Lo que acerca de esto fue dicho en el sermón sobre "*El Arrepentimiento Cristiano*" en 1831, es explicado en forma más desarrollada en un sermón sobre "*El testimonio de la conciencia*" en 1838 donde Newman trata del significado de servir a Dios "con corazón perfecto", que él considera como el equivalente de la sencillez y la sinceridad y lo opuesto de la "doble o simulación". He aquí lo que dice: "Un hombre sirve con corazón perfecto, cuando sirve a Dios en todos los pormenores de su deber; y, no aquí y allá, sino aquí y allá y en todas partes; no perfectamente por cierto en cuanto a la calidad de su obediencia, pero perfectamente en cuanto a su extensión; no completamente, pero consistentemente".

"Ahora, entonces, trataré de describir ese estado de corazón que la Escritura llama sencillo y sincero, o perfecto, o inocente", continúa Newman: "Y que un hombre puede darse cuenta de que lo posee, y

regocijarse humildemente en él". Después de mencionar que comúnmente nos es repugnante cambiar, dice: "No podemos cambiarnos a nosotros mismos... sólo Dios puede cambiarnos; sólo Dios puede darnos los deseos, afectos, principios, perspectivas, y gustos implicados en un cambio; esto lo sabemos, pues sigo refiriéndome a hombres que tienen un sentido de la religión" (46).

¿Qué es, entonces, lo que nos hace falta a nosotros que profesamos la religión? Lo repito, esto: el buen deseo de **ser cambiado**, el buen deseo de sufrir (se me permite usar tal palabra), de sufrir o permitir que Dios Todopoderoso nos cambie. No nos gusta deshacernos de nuestro viejo yo; y totalmente o en parte, aunque todo nos es ofrecido gratuitamente, nos agarramos a nuestro viejo yo... No nos gusta ser hechos nuevos; eso nos asusta... Sentimos como si no seríamos ya nosotros mismos si dejáramos de guardar alguna porción de lo que hemos sido hasta ahora; y por mucho que profesamos en términos generales el deseo de ser cambiado, cuando se llega al grano, cuando se nos presentan algunas instancias de cambio, las evadimos, y estamos contentos de quedarnos sin cambiar.

Es este principio de búsqueda de sí mismo, por así decirlo, este influjo del yo sobre nosotros lo que constituye nuestra ruina. Repito, me refiero a los que hace *profesión* de la religión... Pero cuando un hombre se acerca a Dios para ser salvado, entonces, digo, la esencia de la verdadera conversión es una entrega de sí mismo. Una entrega de sí mismo y sin condiciones; y esto es algo que la mayoría de los hombres que se acercan a Dios no pueden recibir. Quieren ser salvados, pero según su propia manera; quieren (digámoslo así) capitular con algunas reservas, llevarse consigo sus propios bienes; mientras el verdadero espíritu de fe hace que un hombre no se mire a sí mismo sino a Dios, que no tome en cuenta sus propios deseos, sus hábitos actuales, su importancia o dignidad, sus derechos, sus opiniones, sino que dice: 'Me pongo en tus manos, oh Señor, haz de mí lo que quieras; me olvido de mí mismo, me separo de mí mismo; estoy muerto a mí mismo; te seguiré'.

Si esto es lo que la Escritura quiere decir por sencillez y sinceridad o un corazón perfecto, entonces, para continuar con las palabras de Newman mismo, "he explicado también en cierta medida cómo es que una persona debe saber si lo tiene o no. Pues es un estado de la mente que comúnmente no será desconocido por los que son favorecidos con ello. No es más diferente de lo que es el hielo de las aguas co-

rrientes de un arroyo, o de un propósito a medias y un propósito íntegro" (47).

Tal es, pues, el fundamento y la fuente del verdadero gozo cristiano; y siendo esto así, Newman mismo, en virtud de lo que dice, nos ha dado motivos para dudar de la sabiduría de los que han profesado ver en su insistencia sobre la autorrenuncia en la religión, sobre la gravedad del pecado, y sobre lo costoso que es la unión con Dios, una razón para acusarle de rigorismo y pesimismo, algo que no esperaríamos de uno cuya vida tenía una orientación contemplativa. Amor, paz y gozo son las disposiciones que deberíamos poder encontrar. Es verdad que había una cierta severidad en el carácter de Newman como también la hay en la seriedad de los ingleses. Sin embargo, a pesar de toda su severidad se daba cuenta muy bien que amor, paz y gozo son los principios fundamentales del carácter cristiano, y llevaré a término este estudio dejando que Newman mismo muestre cómo esto es así, como hizo en dos sermones predicados en 1839.

Predicando el domingo de septuagésima sobre el texto de Filipenses 4,18, "Tengo todo lo necesario y más todavía: vivo en la abundancia", declaró: "La melancolía no es la disposición natural de un cristiano; aquel arrepentimiento no es verdadero, si no está impregnado de amor; aquel autocastigo no es aceptable, si no está dulcificado por la fe y la alegría. Debemos vivir en el solaz, aún cuando estemos tristes; debemos vivir en la presencia de Dios, no debemos cerrarnos en nuestros propios corazones, aun cuando estemos considerando nuestros pecados pasados" (49).

El segundo sermón fue predicado justo antes de Navidad de ese mismo año sobre la exhortación de San Pablo a los Filipenses de regocijarse siempre en el Señor; el tema era la ecuanimidad:

"El cristiano tiene una paz profunda, silenciosa y escondida, que el mundo no ve, —como un pozo de agua en un lugar retirado y sombreado, de difícil acceso. Pasa la mayor parte de su tiempo solo, y lo que es en la soledad, ése es su verdadero estado. Lo que es cuando está consigo mismo y con su Dios, ésa es su verdadera vida. Puede sobrellevarse; puede (por así decirlo) regocijarse en sí mismo, pues es la gracia de Dios dentro de él, es la presencia del Consolador Eterno en lo que se regocia. Puede soportarse, encuentra agradable estar consigo mismo en todo momento, 'nunca menos solo que cuando uno está solo'. Puede reclinar la cabeza sobre su almohada a la noche, y confesar a la vista de Dios, con corazón re-

bosante, que no le falta nada, —que está lleno y vive en la abundancia—, que Dios ha sido todo para él, y que todo lo que le podría dar le pertenece. Más agradecimiento, más santidad, más del cielo necesita ciertamente, pero el pensamiento de que puede tener más no es un pensamiento de perturbación, sino de gozo. No estorba su paz el saber que puede acercarse más a Dios... El cristiano es alegre, simple, bondadoso, suave, cortés, cándido, modesto; no tiene pretensión, ni afectación, ni singularidad; porque no tiene esperanza ni temor mundanos. Es serio, sobrio, discreto, grave, moderado, manso, con tan poco que sea insólito o llamativo en su comportamiento que fácilmente se podría ver en él, a primera vista, un hombre ordinario. Hay personas que piensan que la religión consiste en los éxtasis, o en determinadas maneras de expresarse; —él no es uno de éstos”. (50)

Y finalmente:

“Somos de Cristo, no meramente por la fe, o meramente por las obras, sino por el amor... Somos salvados... por esa llama celestial dentro nuestro que, mientras consume lo que se ve aspira a lo que no se ve. El amor es la suave, tranquila, satisfecha aquiescencia y adherencia del alma en la contemplación de Dios; no sólo una preferencia de Dios sobre todas las cosas, sino una delectación en Él porque Él es Dios, y porque sus mandamientos son buenos...”. (51)

Llegado a este punto, muchos de entre los lectores podrían recordar un pasaje bien conocido de *Ensayos y Conferencias* del barón von Hügel donde escribió: “Solía preguntarme, en mi trato con John Henry Newman, cómo una persona tan buena, y que había hecho tantos sacrificios a Dios, podía ser tan depresiva”. La palabra clave aquí es “trato” que el fallecido P. Henry Tristram, quien estaba muy versado en las obras de Newman, evaluó en profundidad en un artículo publicado en la Revista Dublin en el otoño de 1966. “Trato”, como lo explicó el P. Tristram, implica una asociación que involucra al menos una medida de permanencia, que resulta en contactos frecuentes de una especie u otra. De hecho, sin embargo, según los hallazgos de R. K. Browne en el *Mes* para julio de 1961, y de Henry Tristram en la revista Dublin para el otoño de 1966, el trato del barón con Newman se limitó a una visita en junio de 1876, que duró desde el 13 al 19. Entre estas dos fechas tuvo tres conversaciones con Newman, el 14, 16 y 18 respectivamente, y un cuaderno conservado en la biblioteca de la Universidad de San Andrés contiene el informe de von Hügel acerca de los asuntos que trata-

Estos, significativamente, incluyeron el tema de la certeza, sobre la cual, según el informe de von Hügel mismo, Newman admitió que no había encontrado la última respuesta. Acerca del asunto del intercambio social, Henry Tristram observó que esto debe ser siempre un tema de interacción mutua. Si una persona recibe una impresión de otra, el recipiente tiende enseguida a atribuirle toda al otro; mientras, con mayor reflexión, esto es reconocido como superficial. El recipiente es involucrado al mismo tiempo que el otro, al menos hasta cierto punto. Para expresarlo concretamente, si Friedrich von Hügel, de 24 años, tuvo tres charlas sobre tópicos fundamentales con Newman, de 75 años, y lo encontró depresivo, uno tendería a pensar, siendo la naturaleza humana lo que es, que el balance de probabilidades favorecería la opinión de que Newman difícilmente pudiera haber sido la única causa de la impresión; y cuando encontramos que von Hügel le compara desfavorablemente con el Abbé Huvelin en este respecto, uno consideraría solamente recto el tomar esto en cuenta. Es, además, un hecho conocido que Newman era reservado con las personas que le preguntaban sobre acontecimientos de actualidad o tópicos sobre los cuales no estaba preparado, o no quería ser comunicativo. Sabía que se exponía a ser citado equivocadamente como también a ser citado. En obsequio de la exactitud, debe afirmarse que la visita que se supone que Friedrich hizo a Newman en agosto de 1869 como joven de 17 años fue una equivocación. Fueron los padres de Friedrich quienes hicieron esa visita, no Friedrich. Pero no nos dice cuántos años tenía en 1876, a saber 24. Así hubo solamente un contacto personal entre el barón Friedrich von Hügel y Newman, la visita, con tres charlas, que tuvo lugar en junio de 1876.

El Cardenal Newman, ¿fue contemplativo?

Yo mismo creo que lo fue; la evidencia que he citado me parece indicarlo. Este es un aspecto de su vida que en gran medida ha sido pasado por alto, si no efectivamente rechazado. Mis lectores, por supuesto, tienen que llegar a sus propias conclusiones; pero cualquiera que sea la opinión que decidan tomar, al menos habrán tenido la oportunidad de considerar algunas cosas evidentes. A este propósito me gustaría sugerir la utilidad de la lectura de las *Revelaciones del Divino Amor* de Juliana de Norwich, y junto con esto, el importante estudio *“Juliana de Norwich”* de Paul Molinari S.J., que muestra que la enseñanza de Juliana sobre la oración contemplativa está perfectamente de acuerdo con lo que dice San Juan de la

Cruz. El P. Molinari recalca la distinción clara que hace Juliana entre dos tipos de contemplación infusa:

1. Contemplación que es manifestación especial;
2. Contemplación que no es manifestación especial.

Después, en una nota iluminadora al pie de página (p. 113), referente a la diferencia entre la terminología de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz, dice lo siguiente: "Mientras que Santa Teresa reserva el término 'contemplación' para esos tipos de oración que ella llama 'oración sobrenatural', cuando la acción de Dios no es meramente una obra silenciosa de la gracia, sino un acto en el cual el alma se da cuenta sensible y conscientemente, San Juan de la Cruz utiliza el mismo término 'contemplación' y aun 'contemplación infusa' para etapas de oración en las cuales la acción de Dios en el alma está presente pero todavía imperceptiblemente. Según él, "el comienzo de la contemplación es generalmente secreto, y desconocido para el que es admitido a la misma". (52) Después el P. Molinari agrega: "Esta diferencia de terminología

no ha sido advertida por muchos autores; de ahí los muchos malentendidos que hubieran podido ser fácilmente evitados si se hubiera prestado atención a este punto, según las indicaciones de algunos comentaristas tempranos de los dos santos". (53)

Sobre esto, dejo que mis lectores juzguen. En cuanto a mí mismo, no tengo ninguna duda sobre el uso del término 'contemplación' o aún 'contemplación infusa', que prefiero. Sin el menor deseo de criticar el empleo más restringido que Santa Teresa hace de estos términos, prefiero la manera cómo los entiende San Juan de la Cruz, como este estudio ha tratado de explicar. Y aunque considero que el Cardenal Newman fue un contemplativo según el sentido que San Juan da a ese término, no quiero que se me interprete como si pensara que no podría ser considerado como contemplativo según la acepción de Santa Teresa. Sólo Dios es Juez.

Traducción: Gilberto Moreau, Azul.

NOTAS (SEGUNDA PARTE)

14. Columba Marmion, *Christ the Ideal of the Monk*, London, 1926
15. RB, XX, LII
16. Hans Urs von Balthasar, *Prayer*, Rome, 1944.
17. André Louf, *Teach us to Pray*, London, 1974.
18. PS, Vol. III, pp. 98, 99
19. Meriol Trevor, *The Pillar of the Cloud*, London, 1962, pág. 131.
20. PS, III, Sermón IX.
21. *Verses on Various Occasions*, London, 1890.
22. Leonard Boase S.J., *The Prayer of Faith*, London, 1976.
23. *Apologia*, Uniform Ed., p. 4
24. *Clergy Review*, 1962, p. 208 ss.
25. *Meditations and Devotions of the late Cardinal Newman*, 1893, p. 549.
26. *Clergy Review*, 1962, p. 208.
27. Ambos citados arriba están en los MSS conservados en el Oratorio de Birmingham.
28. *Autobiographical Writings*, pp. 165, 166, 183.
29. op. cit., p. 213.
30. C.S. Dessain, *Clergy Review*, 1962, p. 214
31. op. cit., p. 215.
32. *Sermons preached before the University of Oxford*, Uniform Edition, pp. 28,29.
33. PS, II, pp. 224-226.

34. PS, II, p. 269.
35. PS, II, p. 222.
36. PS, III, pp. 266-267.
37. PS, V, pp. 138-140
38. PS, II, p. 35.
39. PS, II, p. 60.
40. PS, I, pp. 105-106
41. PS, V, pp. 55-57
42. PS, V, pp. 225-226, 236.
43. PS, VI, p. 134
44. *In cantica*, 74:5, 6, 11 ("tantum ex motu cordis intellexi praesentiam eius et ex fuga vitiorum carnaliumque compressione affectuum potentiam virtutis eius").
45. C.S. Dessain, *John Henry Newman*, p. 50.
46. Esto recuerda el célebre aforismo en el *Ensayo sobre el Desarrollo de la Doctrina Cristiana*: "Vivir es cambiar; ser perfecto es haber cambiado a menudo" (Standard Edition, p. 40).
47. PS, V., pp. 239-242.
48. C.S. Dessain, *John Henry Newman*, p. 59-60
49. PS, V, p. 271
50. PS, V., pp. 69-71
51. PS, IV, pp. 317-318
52. Cfr. *Noche oscura*, 1, 9; *Subida*, II, 14
53. Cfr., por ejemplo José de Jesús María.

“*¿Es de admirar que comencemos a predicar a unos hombres por los que Cristo ha muerto y tratemos de convertirlos a Él y a su Iglesia? ¿Hacen falta más razones? ¿Es necesario atribuir motivos humanos a una conducta tan lógica en quienes aceptan el anuncio y los requerimientos del Evangelio? Si estamos convencidos de que el Redentor ha derramado su Sangre por todos los hombres, es una consecuencia normal que nosotros, sus siervos, hermanos y sacerdotes, no queramos que esa Sangre se derrame inútilmente, se malgaste, por así decirlo, respecto a vosotros, y busquemos haceros partícipes de los beneficios que nosotros mismos hemos recibido. No es razonable que se nos llame vanidosos, inquietos, ávidos de influencia, resentidos, parciales o nombres parecidos, cuando a la vista está el motivo mucho más poderoso y decisivo que explica nuestro celo. ¿Existe mayor incentivo para predicar que la creencia firme de que se anuncia la verdad?* ”